

Cualquier cosa, menos quietos

universocentroc

Número 85 - Abril de 2017 - Distribución gratuita | www.universocentro.com





William Burroughs fotografiado por
Richard Schultes en Mocoa, 1953.

Mocoa

Llegar a Mocoa en la década de los cincuenta era todavía una forma de extravagancia. El pueblo, con menos de dos mil habitantes, era un resguardo indígena con los resabios de los capuchinos, los modales de algunos colonos llegados desde Huila, Cauca y Nariño y la vieja promesa del caucho y la quina incubada en el siglo XIX. Un punto más de “los territorios nacionales” que nombró la Constitución de 1886, los menos nacionales de los territorios según escribió la antropóloga Margarita Serge.

William Burroughs llegó en 1953 hasta el pueblo que en sus cartas llamó Mocoa. Venía tras cortezas y pegotes distintos. En busca del yagé y su promesa de telepatía. Un llamado de la selva con delirios trascendentes, infernos, malaria. Estuvo en Bogotá, Cali, Popayán y Pasto entre otras capitales. Pero Mocoa era uno de los verdaderos destinos. No es difícil imaginar qué impresión le dio ese conjunto de ranchos cuando Bogotá le pareció “un pueblo chico, con todo el mundo preocupado por lo que lleva puesto y tratando de aparentar como si ocupara un puesto de responsabilidad”.

Mocoa no llegaba todavía a Intendencia y estaba en vías de cambiar a sus políticos conservadores venidos de Nariño por unos liberales turbayistas que prometían un poco más. El Estado intentaba recuperarla de las manos de los capuchinos quienes la regentaron desde 1904 cuando tenía 369 habitantes: “Prefectura económica del Caquetá y Putumayo”. Para la avanzada de la civilización eran más adecuados los curas que los notarios. Faltaban todavía quince años para los tiempos de la Intendencia.

Burroughs fue tomado por un representante incógnito de la Texas Oil Company y según su carta a Allen Ginsberg fue “tratado a cuerpo de rey (...) Viajes en barco gratis, viajes en avión gratis, alimento gratis; comidas con la oficialidad, alojamiento en casa del gobernador”. Pero las atenciones no fueron suficientes. El petróleo también era aún una promesa. El gobernador le dijo a Burroughs que la Texas había tomado dos muestras separadas por ochenta millas y había encontrado un mismo petróleo. Faltaban diez años para que la Texas tuviera su concesión de un millón de hectáreas. Burroughs, todavía sin bejuco y acosado por la sequía de opio, describe la selva con sobrio entusiasmo: “A decir verdad, toda la región de Putumayo anda mal. El negocio del caucho está hundido, el del cacao destruido por la pudrición negra, la rotenona no se cotiza desde la guerra, la tierra es pobre y no hay forma de explotar lo producido. La psicofrenia ociosa de los charlatanes de pueblo chico”.

Llegarían las bonanzas sucesivas. La Texas en el 63, con su cola de migrantes que ahora recorrieron largas rutas desde Antioquia y Valle. Pero el gran campamento estaba más cerca de Puerto Asís que de Mocoa. Más de mil trabajadores que ganaban cuatro veces el sueldo de

los jornaleros en el campo. Cuando terminó el auge petrolero llegó la coca. Dios provee. Desde 1978 los enclaves petroleros se convirtieron en innovaciones cocaleras. Colombia que era tierra de laboratorios comenzó su expansión agrícola y el Bajo Putumayo fue la tierra de la nueva promesa: Puerto Asís, La Hormiga, Orito, Puerto Caicedo, La Dorada. En 1987 llegó Gonzalo Rodríguez Gacha y montó El Azul, una “finca” con cultivos suficientes para ir dejando la pasta llegada del Perú, dos pistas de aterrizaje, laboratorios y la vigilancia de Yair Klein. De nuevo todo estaba más cerca de Puerto Asís que de Mocoa. La capital era la tierra de los fundadores, lejana del bajo mundo, de los hijos de las putas y los raspachines.

Burroughs se aburrió. Al menos eso recordó cuando llegó a Cali y le describió el viaje a Ginsberg: “Retrospectiva: Repetí mi viaje por Cali, Popayán y Pasto hasta Mocoa. Me resultó interesante observar que Mocoa deprimía a Schindler y a los dos ingleses tanto como a mí”. El Schindler es en realidad la máscara de Richard Evans Schultes, profesor de amazonía para aventureros, escritores, viajeros y botánicos de todas las especies. Un alemán lleva a Burroughs hasta el yagé. Es una rareza corriente a orillas de Mocoa: “Media hora más tarde tenía yo 10 kilos de la planta de yagé. Nada de expedición por la selva virgen ni de algún vejstorio de blanca cabellera diciendo: ‘Te he estado esperando, hijo mío’. Un alemán agradable a 10 minutos de Mocoa”. Se deprimió como un turista corriente, desilusionado frente a las expectativas salvajes. Una botella de aguardiente fue su contraseña con el chamán de setenta años que lo guiaría en el viaje. Le sirvieron un brebaje negro en un pocillo rojo, un “líquido oleoso y fosforescente”: “Dos minutos después me invadió una oleada de vértigo y la choza empezó a dar vueltas. Vi luces azules frente a los ojos. La choza cobró un aspecto arcaico del lejano Pacífico, con cabezas de las Islas Orientales talladas en los postes que sostenían la choza. El ayudante estaba afuera, oculto, con la intención evidente de matarme”. Al día siguiente no hubo guayabo, solo un poco de cansancio y camino a Puerto Asís.

En 1993 Putumayo era el quinto destino más atractivo para los migrantes nacionales. La coca, las Farc, la plata en rama presagiaban los tiempos de DMG. También anunciaban las bombas y la gran ofensiva del ejército. La guerra en serio. Mocoa creció en una encrucijada de ríos y quebradas. En la ruta de los colonos hacia el sur, fue la cabecera de la selva desde el 2011. Creció acostumbrada a las embestidas. A tirones, sin castas, con los cercos como título y tierra nueva. Ahora tiene algo más de cien mil habitantes y un buen registro de la llegada de nuestros colonos a la selva. Un punto marcado desde 1551 con el nombre de San Miguel de Agreda de Mocoa. Un punto que debe borrarse un poco cada tanto para hacerse visible. ☺



Las vacaciones de Hegel
René Magritte
1958

Nunca he tenido interés en los paraguas ni mucho menos en las sombrillas. Supongo que ambos deben ser una invención china, como la tinta o el papel. Al fin y al cabo, cada vez que vemos un mecanismo sutil asumimos que debe haber nacido en el Lejano Oriente. Hasta la llovizna, de pasos tan menudos, como dice el poeta, parece que viniera de Pekín.

Cuando apenas comienza a llover, brotan por las aceras como hongos de la riba. La gente los despliega, luego de un retiro forzoso en los armarios, o de estar colgados de los percheros como murciélagos. Todavía desprenden ese aroma a cosas guardadas, el aire de paseos ya extraviados en la memoria.

Pero no es del alma del paraguas que quisiera hablar sino de su cuerpo. Veo en él una fragilidad de pájaro siempre a punto de fracturarse. Debe ser por el mismo mecanismo que nunca estamos seguros de que funcione o que termine pinchándose los ojos o pellizcándose los dedos, mientras el agua ya te ha calado a fondo sin haber podido desplegar tu modesto artilugio. Entonces, con una mueca de escepticismo, sales a encarar la lluvia, a la buena de Dios, libre ya de ese aparejo de mal agüero.

El paraguas es un objeto impracticable. Cuando se logra abrir, atrae más agua que la que ya tienes encima. Parece ilógico, pero no lo es: un paraguas atrapa el mismo peso en agua del peatón que lo porta, o incluso más, de acuerdo con el principio de incertidumbre del usuario.

En pleno aguacero, paraguas y sombrillas actúan en pandilla. Se confabulan para engancharse entre sí con sus tentáculos de alambre. En combates de acera, varios peatones han salido heridos al tratar de desatar ese instinto gremial.

Ahora bien, cuando se logra llegar a la oficina bajo el paraguas, la peripecia apenas comienza. Es allí cuando el artefacto se niega a cerrar. Ni siquiera tiene la cortesía de ajustarse a las medidas de las puertas; apenas se estremece como una cometa recién enredada a las cuerdas de la luz. Ave de mal agüero, como ese albatros de Baudelaire, este paraguas negro apenas se digna a plegarse con humildad, de ahí que mucha gente tenga que dejarlo en el recibidor, regañado, o con el pretexto de que se le ha puesto a secar para no mojar la alfombra.

Debería existir una superintendencia de paraguas, o al menos una oficina de reclamos para paraguas imperfectos. Sería de lo más humano, ya que lo perfecto es inhumano. Esto para resarcir en parte el hecho de que los paraguas no están aún inventados, o quedaron mal, como el zepelín. Algún desperfecto nos reserva a la primera semana de comprado: un descosido allá, una varilla torcida, un agujerito inexplicable y hasta

Para qué paraguas

misterioso, de esos que solo aparecen cuando asistes a las honras fúnebres de alguien, ya que en los entierros decentes siempre llueve.

La sombrilla es distinta. Es más alegre, le gusta el sol como a las chicas lindas y viene en tonos variopintos. Sombrillas dálmatas, atigradas, o la tropical de flores vistosas. A la sombra de una sombrilla, en compañía de su can, el ciudadano soporta la canícula. Y a pesar de mi reticencia frente a sombrillas y paraguas, no los discrimino. Para mí es tan inútil aquella florida como aquel adusto. La gente los abandona por igual, como a esas mascotas inconvenientes. Se han encontrado paraguas y sombrillas por millares en buses, iglesias y aeropuertos. También en Pompeya se encontró uno, aunque era de un turista. De acuerdo con estudios recientes, parece que este fenómeno seguirá hasta el final de los tiempos. Muchos no se molestan en reclamarlos hasta el punto de que ya existen, en algunos países civilizados, que son cada vez más pocos, algunos cementerios de sombrillas. Pese a todo, debo confesar algo que me ocurrió en estos días. Encontré en mi mochila un paraguas que no recordaba haber puesto allí. No lo había prestado, ni mucho menos adquirido porque, como ya lo habrá adivinado el suspicaz lector, a mí un paraguas ni regalado... Tal vez las alarmas de lluvia ácida en la Capital de la Montaña habían calado hasta el inconsciente.

Caminé varias cuerdas con ese espécimen allí guardado, tampoco me atrevía a botarlo, tal vez por superstición. Hasta una tarde en que regresaba de la oficina. Caía una lluvia pertinaz como este adjetivo de lugar común. De repente me atacó el síndrome del ciudadano promedio, pensé en ese paraguas cerrado que tenía allí, aunque no recordaba que fuera mío. Caminé algunos pasos, algo avergonzado de lo que iba a hacer. De repente se abrió de milagro, como un parapente. La lluvia empezó a repiquetear como el susurro adormilado de una geisha. Sentí que me acompañaba a lo largo del camino, por entre una acera poblada ya de gente empapada. Aquella lluvia retornaba a mí como una amante perdida. Por fortuna, nadie conocía mis declaraciones de principios sobre paraguas y sombrillas. Avancé con temor como un prófugo entre la impunidad del tumulto.

Seco y culposo, llegue a mi casa. Abrí, por azar, el libro torrencial de Rubén Vélez, *Turismo irregular*. En él hallé estas gotas de consuelo.

“Mi querida Abuela:

He decidido pensar que mi retórica suple tu sombrilla. Una perfecta inutilidad a cambio de un objeto útil: algunos hablarán de engaño. Pero esa solución es la única sutileza que juega con mi temperamento”. ☺

por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

Delito postal

por SANTIAGO GALLEGO FRANCO

Ilustración: Sara Serna

Villon mismo nos relata que él era uno de aquellos truhanes, cosa que le creemos sin que nos lo tenga que jurar.
R. L. Stevenson.

Es un mediodía soleado, último día de clases en el colegio San Ignacio. Los 35 preadolescentes vemos en la pantalla del televisor un remolino de cebras y elefantes sobre la cabeza de Robin Williams en *Jumanji*, gran éxito de taquilla el año anterior. Golpean la puerta y Piedad, la profesora de Biología, sale y habla con dos sujetos que usan chalecos grises con bolsillos frontales. Un segundo antes o un segundo después de que Piedad regrese al salón y diga, “Santiago Gallego, unos periodistas lo necesitan en la puerta”, la campana que anuncia el final de la jornada resuena furiosa. Todos saltamos de las sillas y corremos en estampida hacia la puerta, atropellando a los periodistas en la feliz huida. Sé a qué vienen esos dos y corro hasta el bus escolar, atravesando corredores oscuros donde los mosaicos de los respetables exalumnos ignacianos, ahora exitosos antioqueños de empresa y de familia, me observan solemnes, desde las paredes, reprendiéndome. Me lanzo escaleras abajo y me acomodo en la silla del bus. “Gallego, ¡qué milagro que no queres hacerte en la ventanilla!”, me dice Rafa mientras intento esconder mi rostro con la mano derecha.

Cuarenta minutos después entraré al apartamento y encontraré a mi mamá acostada en su cama, todavía en tacones y con las persianas cerradas, preguntándome con preocupación y sorpresa: —Hijo, ¿cómo así que tienes sida?

Tres semanas antes había leído, en la revista *Club Nintendo*, la historia de una niña que envió cientos de mensajes por internet pidiendo una colaboración insignificante: sufría una extraña enfermedad, ya en estado terminal, y quería recibir sobres con un dólar, dinero con el que realizaría una obra benéfica antes de morir. Al final, la filantropía resultó ser una vulgar estafa para enriquecer a un gordo norteamericano atragantado de Doritos. Mi ensañación de catorce años replicó la anécdota, pero con un fin mucho más noble e ingenuo: yo sería un pequeño colombiano que sufría sida y cuya última voluntad era entrar

al libro Guinness de los récords como el niño con el mayor número de estampillas postales del mundo. Se trataba de un último gesto romántico para celebrar la belleza del correo postal, que por entonces ya comenzaba a declinar.

Por supuesto, mi incipiente interés filatélico no era una de esas aficiones que se pudiera compartir abiertamente en un colegio masculino regido por jesuitas sin recibir alguna violencia por parte de Papeleta o ser condenado al ostracismo; así que lo cultivaba en secreto, por correo, con una prima de mi mamá que me enviaba cartas desde Estados Unidos en las que solía adjuntar unas sempiternas fotos posando en el mismo gimnasio (con palmeras pintadas sobre cartón como telón de fondo) y decenas de estampillas multicolores de los países más variados y periféricos: Nigeria, República Dominicana, Tailandia, Pakistán, Filipinas, Jamaica, Camerún... no sabía entonces, ¡ay, prima Elsy!, que tú estabas en prisión y que reunías esas imágenes con la ayuda de otras reclusas.

De modo que encendí el computador y redacté mi pequeña autobiografía ficticia, clara y directa, poniendo en práctica esos dos principios que ya sabía intuitivamente y que tantos millones de pesos les costarían a mis padres cuando me los intentaron enseñar de nuevo en la facultad de periodismo. Tres párrafos me definían: yo era un jovencito enfermo, resignado a su mala suerte, en la búsqueda de un sueño inofensivo; el lenguaje no le añadía patetismo a la historia, ya de por sí patética. La esquila era irresistible.

En la ciudad, el acceso a internet lo proveía una universidad y la conexión a la red exigía una conjunción de varios factores: que la hermana terminara esa conversación telefónica de dos horas, que el módem lograra conectarse con el servidor tras varios segundos de chirridos inquietantes y que nadie llamara a la casa mientras uno navegaba muy lentamente.

Contacté a varios sitios de la red y adjunté mi perfil, sin muchas esperanzas: para ver, para saber, para tentar al destino. Por simple aburrición y encierro, dado que me había ganado fortuitamente la malquerencia de Víctor,

futuro delincuente, quien amenazaba con darme un golpe cada vez que me veía entrar al conjunto residencial con mi uniforme, lo que me había obligado a refugiarme en algunos libros de aventuras, pálidos sustitutos de la vida. Aquellos eran los mágicos años colegiales en que pasada la bucólica infancia y llegados el acné y el incipiente bigote, el padre Rogelio nos hacía entrar uno a uno a su despacho para formular, con una mano bajo el escritorio, la misma pregunta: “Y tú, hijo, ¿cómo vas con la masturbación?”, a lo que le seguía la franca respuesta, involuntariamente irónica: “¡Muy bien, padre!”.

Una semana después recibí un mensaje de unos entusiastas holandeses que no solo estaban conmovidos por la historia, sino que pretendían llevarla hasta el límite de sus posibilidades: en un par de horas habían hecho gala de la indudable eficiencia y generosidad europeas y habían creado un sitio de internet dedicado a mi sueño bajo el título “El último deseo”. El diseñador había incluido el dramático nombre en la figura de una estampilla y el sitio tenía, además de un contador de visitas, un libro en que los visitantes podían dejar sus respectivos mensajes y voces de aliento.

El éxito del portal fue inmediato. En unos cuantos días registraba más de quinientas visitas diarias; además, el libro me convenció de que mi futuro como coleccionista era menos importante que mi presente como motivador personal: lo atestiguaban las decenas de mensajes celebrando mi propósito, alentando mi aspiración, censurando sus mezquinas inquietudes cotidianas. “Tú luchas por tu sueño y yo solo me preocupo por ir a la disco el finde”, decía uno. Lejos, infinitamente lejos aún de mi primer beso, aquello fue lo más parecido al primer amor.

Pronto recibí un sobre de manila desde Miami Lakes. Para mi sorpresa, no incluía ninguna carta de aliento, pero sí unas treinta estampillas provenientes de Holanda, Polonia, Dinamarca e Italia, aún adheridas a su respectivo trozo de papel. No fue difícil explicarle a mi mamá que las estampillas eran un

regalo de ese amigo de Malta que había conseguido el año anterior por internet y a quien le habíamos enviado una camiseta pirata de la selección Colombia, a cambio de una camiseta —que resultó pirata también—, del Milán de Italia. Algo más tendría que inventar cuando comenzaran a llegar mis soñados bullos de estampillas porque era claro que mi amigo maltés no era la coartada perfecta para mi crimen: todos en la casa habíamos quedado con el corazón un poco herido cuando rasgamos emocionados el empaque remitido desde su isla y descubrimos la camiseta desteñida del Milán con el diminuto escudo al lado derecho. “Bueno, igual la camiseta de Colombia que le enviamos tampoco fue tan cara...”, dijimos resignados.

Una cosa, en cualquier caso, era clara: mi futura colección de estampillas, gigante y diversa, tal vez no sería el pasaporte para entrar al famoso libro de los récords, pero sí me permitiría bajarle los humos a Manuel Peroni, quien no cansado de recibir coscorriones, papeles babeados en la espalda y vellos públicos en el escritorio, todavía tenía las agallas para presumir abierta y ameneradamente por tener una estampilla triangular de los años setenta que su abuelo le había regalado antes de pegarse un tiro en la cabeza.

Pero esa felicidad también me fue negada por el afán noticioso de nuestros reporteros.

—Todo es mentira... —le dije a mi mamá.

Silencio. Algo de decepción. Y luego la notificación, más bien notarial, de que los periodistas llamarían de nuevo en horas de la tarde.

Como es lógico, la entrevista telefónica fue larga y previsible. Al día siguiente ni siquiera quise ir a la tienda a comprar la prensa para buscar la denuncia en sus páginas. Lo que sí hice fue entrar a mi sitio de internet para descubrir, con las rodillas temblorosas, que la estampilla esperanzadora que encabezaba la página ahora tenía un título nuevo: “La última mentira”, y que a continuación se detallaba el engaño. Adiós estampillas.

Al puntual recuento holandés de los hechos le seguía el vínculo al libro de visitas, en el que se acumuló exponencialmente todo el repudio y la ira de los lectores: ese fue el final de mi primer amor. Mis amigos virtuales ahora me odiaban con todas sus entrañas y el espectro de reproches iba desde el aleccionador “Más fácil cae un mentiroso que un cojo”, hasta el menos amable y muy peninsular, “Eres un hijo de puta, ¡cabrón!”. Una prueba de fuego para mi timidez y nerviosismo naturales. Los holandeses, además, me comunicaban decepcionados que durante esos días habían hecho campañas abiertas en algunas universidades y que ya se apresuraban a enviar el primer cargamento.

El periodismo había derrotado una vez más a la ficción y nos había dejado a todos con las manos vacías: a mí sin estampillas, a los lectores sin su fuente de inspiración y a los filántropos de Holanda sin una página web en que ocuparse. En síntesis, volvíamos todos a la verdad de la vida: insípida, monótona y tediosa.

Solo mi hermana sacó provecho de mi derrota y en su versión de la cotidianidad familiar pasé de ser el amargado de los libros a mi hermanito el del sida, cariñosa referencia a la que seguían las risas anodinas de sus amigos universitarios.

Pasaron las vacaciones y el sitio de internet fue cayendo poco a poco en el olvido. Lo último que recuerdo del episodio es estar sentado, solo en medio del patio central, y ver la figura de Tontí aproximándose con su metro noventa y tres y su torpeza consustancial, sentarse a mi lado y, con toda la condescendencia de la que es capaz un ignaciano (“donde hay un ignaciano hay un caballero”, repetían los hermanos jesuitas), darme una breve y grave lección:

—Gallego, supe lo del sida. Esas cosas no se deben hacer. Ojo con eso.

Me dio una palmadita en la espalda y se fue.

A lo lejos, bajo los laureles cuyas hojas se movían como peces veloces, Papeleta, Hernández y el Rolo reían a carcajadas. Era esa época en que algunos comenzaban a probar la marihuana y a tener sus primeras novias. ☺





El lunes llovió todo el día. El agua revuelta alcanzaba los puntales de la casa parada sobre el río. Sentada bajo el arrullo de las gotas que rebotaban en los árboles y las ollas que aparcaban agua, Petrona vio aparecer la figura humana arrastrada por las turbulencias.

Al igual que todos los habitantes del pueblo, Petrona no sabía qué era la muerte. Nunca había visto un difunto y desconocía los pormenores de aquel estado. Sin embargo, en ese momento, no dudó ni un segundo en reconocer que aquel hombre arrastrado por las aguas estaba muerto.

Un pescador que apenas regresaba encontró el cuerpo anclado a los mangles, muy cerca del pueblo. Era grande y sobre su piel maderosa brillaba un musgoso fresco. El cuerpo estaba entero. Cuando quiso voltearlo para remolcarlo en su canoa, ya no estuvo seguro de que la muerte lo habitara, pues tenía los ojos más despiertos que cualquier otro, y algo en su pecho, como el corazón de un vivo, se movía sin parar.

En un pueblo donde solo se padecía por los azotes del amor, donde los pocos enfermos se curaban con infusiones de sauco o santamaría y donde otros graves o con achaques de viejos se iban a morir a la ciudad, los únicos que tenían el eventual riesgo de morir de hambre o aburrimiento eran los boticarios y los médicos.

Aburrida, así era la vida del doctor Balanta, quien se pasaba el día entreteniéndolo la falta de oficio en el billar. Tomaba cerveza para desvanecer el calor invivible y sepultar su carrera en un

remanso de paz donde lo último que se necesitaba era un médico.

Había llegado dos meses antes embarcado entre encomiendas, materiales de construcción y pasajeros inusuales con ropas extrañas que desde hace poco empezaban a llegar al pueblo. En el muelle tomaban una lancha río arriba, y nadie volvía a tener noticia de sus pálidos rostros, de sus exóticos perfumes y de la enredada y misteriosa jerga que salía de sus bocas.

Se acomodó en el suelo, al pie de montones de bultos de queso costeño que aborreció desde ese día. Mientras los otros, amontonados en la baranda, se disputaban cada esquina del barco, agitados con las tripas en el cuello y la barriga vaciada por los estragos del viaje de ocho horas sobre las movidas olas del mar.

Las dos maletas grandes que bajó del muelle, una con aparatos médicos y la otra con medicamentos, aún permanecían empacadas en la esquina de su cuarto, inmóviles desde el momento en que fueron descargadas. La tercera, que llevaba sin esfuerzo en su mano, guardaba las dos sobrias mudas de ropa que rara vez usaba y los valiosos cuadernos de apuntes que conservaba desde su época de estudiante.

Fue el mismo padre Nicolás quien solicitó su presencia inmediata a la Jefatura de Salud, preocupado de que en el pueblo la gente empezara a morir de la noche a la mañana por el consumo de agua del río, como pasaba en pueblos alborotados por la fiebre del oro.

Ya instalado, su presencia representaba uno de los pocos lujos del pueblo.

Había sido el mejor de la promoción de médicos de la Escuela de Puerto Grande. Ahora jugaba billar todo el día para no volverse loco.

El ir y venir de las canoas regaron el cuento por el río. Y en el pueblo la noticia del muerto se propagó como el sonido rebosante de la bocina de un barco que llega. Por eso antes de que aparecieran con el cadáver, medio pueblo había rodeado el muelle esperando, en el horizonte, el bote que se dejaría ver con la primicia.

Amontonados, los niños empaquetados en sus uniformes habían dejado tirados los cuadernos por salir detrás del profesor. El olor del cilantro y la cebolla había quedado impregnado en las manos de las señoras que dejaron el agua hirviendo y el plátano picado por venir a enterarse de la nueva; hasta los señores con el sudor aún corriendo bajo la frente y la sal cristalizada en los brazos, todavía respiraban el aroma del monte que acababan de cortar.

Mientras lo bajaban de la canoa, el agua escurría por los trapos que usaba como pantalones, y la piel babosa se deslizaba por las manos de los cuatro hombres que lo sujetaban. En el suelo, el aire se llenó de una fragancia extraña. Un revuelto entre flores y pescado.

Las almas que estuvieron allí se entregaban de lleno al placer de no decir una palabra. Solo dejaban que sus ojos abiertos como focos se estrellaran con los del difunto, y que el ritmo de la respiración de sus cuerpos se confundiera con el descompasado latir de aquel corazón. Entusiasmados, intentaban reconocer la nariz, los ojos, la mirada;

algo que revelara parentesco con alguna persona del pueblo.

Tenía el rostro de todos, pero no se parecía a ninguno.

Salidos del asombro de conocer los colores y olores de la muerte, los habitantes del pueblo empezaron a preguntarse qué hacer. Agitados, dos hombres atravesaron la calle de la plaza y avanzaron en dirección a la iglesia. Desde hace rato el padre Nicolás había estado observando el alboroto: parado en la puerta de la iglesia había visto llegar las canoas, y ya sospechaba algo.

—Parece que está muerto, padre, pero el pecho le salta como un pescao recién sacao —dijo uno de los hombres.

Esa frase fue suficiente para que el padre reconociera que aquello no era asunto de la iglesia. Se santiguó tres veces, se hincó bajo el portón y se perdió en la oscuridad de su aposento.

Una calle más abajo permanecía cerrado el consultorio sin estrenar del doctor Balanta. Desde el sábado en la mañana había salido rumbo al billar. No había regresado.

Lo encontraron en el almacén de tablas, con una mano en la cabeza y la otra en un taco de billar, pensando cómo lograr la siguiente carambola. Jugaba contra el dueño, en un duelo donde había más parla que jugadas. Tres días, eso se les estaba tomando definir el chico. Desmotivados, tacaban más por el honor de cumplir la apuesta que por las ganas de seguir.

Apenas supo la noticia el doctor Balanta tiró el taco al suelo, pagó la apuesta y se alegró de no haber muerto

antes de que a alguien del pueblo le diera por morirse de una vez. Salió contento, y mientras caminaba rumbo a su casa cantaba la canción que sonaba en el viejo bafle del billar.

—Adió, Margariita; Margariita, Adíooo...

Se quitó la barba de tres días, desempolvó el bolso con los artefactos de auxilio y salió en busca del muerto. Al llegar se abrió paso y encontró el cuerpo tendido sobre el cemento. Se detuvo. Evadió la mirada de la gente y observó la marea que empezaba a subir. Lo impresionó el tono embarrado de las aguas que desde hace algunos días habían empezado a perder su pureza. Cada vez apeataba más a lodo. Incluso a los niños se les había prohibido nadar por miedo al brote de granos.

Se arrodilló y examinó los ojos blancos sin respuesta. Tocó la piel babosa del cuerpo buscando el pulso perdido y se detuvo atento al movimiento agitado del corazón. El espanto que generaba la escena y que erizaba la piel de los espectadores, no distraía la atención del doctor Balanta. El trabajo en el Puerto, donde a diario manipulaba los cuerpos troceados por las sierras inclementes, le había arrebatado la sensibilidad de otros años.

Se paró, impávido. Miró las caras expectantes y confirmó lo que todo el mundo sospechaba: el pueblo tenía su primer difunto. A partir de ese momento, un sentimiento extraño, cercano al dolor y a la tristeza, prendió en las personas que empezaron a sentir el muerto como suyo.

Luego de la ola de bramidos y murmuraciones el médico anunció sus planes. Debía llevarlo al consultorio para hacer la autopsia que permitiera conocer las razones de su muerte.

—Aunque lo abran, solo van a encontrar agua y barro —decían algunos.

—Como pasa con todos los ahogados. No lo demostraba, pero estaba preocupado. Los signos que presentaba el muerto no eran normales. Abriría el cuerpo de arriba abajo si era necesario pero cumpliría su deber; redactar un informe completo y convincente del primer muerto del pueblo.

Cuatro hombres llevaron el bulto enorme hasta la habitación de paredes blancas. Caminaban esquivando la mirada del muerto, luego volvían a mirar pasmados de curiosidad y miedo.

La gente, movida por la tristeza, dedicó el resto del día a hacer los preparatorios del velorio. Desde el momento en que el cuerpo abandonó el muelle, no se escuchó un machetazo más en el monte, ni una palabra más fue escrita en el tablero de tiza de la escuela, y los bares, el mercado y el billar, fueron cerrados para vivir el duelo a puerta cerrada.

Desde la iglesia, indiferente, el padre Nicolás observaba los intentos de la gente por embellecer el parque con los pocos lujos de sus casas. Los vio colgar sábanas blancas de los árboles, cargar los escaños, las bancas desgastadas, barrer y espantar a las ratas monumentales que bien podían arrastrar a los niños que aún gateaban.

Unos pocos, que habían asistido a velorios en la ciudad y conocían los

rituales de despedida, indicaban a los otros lo que debían hacer: esto debe ser así; aquello debe ponerse ahí, y todos se vestirán como se acostumbra en las fiestas de la Virgen.

La tarde caía sobre el muelle. Una docena de hombres, que trabajaban río arriba, salidos apenas clareaba el día, regresaban exhaustos y sin ánimos de hablar. Estaban vestidos de pies a cabeza por un barro amarillo que cuarteaba los trajes. Era el mismo tono que desde hace una semana teñía las aguas del río. Cuando supieron la noticia se taparon la boca con las manos, agarraron las picas y palas cansadas, irreconocibles por el barro, y corrieron a bañarse para conocer de cerca al difunto.

El sol se perdía en el río y las aves volaban esperando alcanzar el último chorro de luz que les permitiera iluminar el camino de regreso a sus nidos. En la pequeña plaza, las lámparas de petróleo se encendían y la gente ansiosa empezaba a llenar el lugar.

El doctor Balanta pasó mañana y tarde examinando el muerto. Entrada la noche, empezaba a enojarse. No solamente por no haber encontrado respuestas, sino por la insistencia de la gente que llegaba a preguntar si ya iba a terminar.

—Llévenselo, pero que esté aquí a primera hora —dijo cansado de la molestadera.

Lo subieron a un pequeño potrillo de madera que parecía hecho para su medida. Sus brazos estirados cuadraban perfectamente en el molde de palo. Era provisional, pues el carpintero, que había empezado a trabajar desde la mañana, todavía se las ingeniaba tratando de construir su primer ataúd.

A la plaza iluminada por lámparas de petróleo que colgaban de los almendros no le cabía un cristiano más. Las fiestas de la Virgen nunca habían citado tanta gente. Los hombres portaban los vestidos almidonados que reservaban para matrimonios o correrías. Las señoras habían retrasado a sus maridos tratando de poner más color a sus desbordantes labios. Las más animosas eran las jovencitas; envueltas en sus vestidos de quinceañeras, hacían hervir de deseo a los muchachos, que sin el uniforme escolar exhibían ya la elegancia y los dotes de su naturaleza varonil.

Cuando el potrillo de dos metros entró a la plaza, el silencio considerado del duelo orquestó el lugar. Fueron segundos; todos al tiempo conscientes: era el latido agudo y claro del corazón que aún latía. Las miradas de pánico de antes se transformaron en compasión. La lastima y la tristeza florecieron por los ojos.

El silencio se atenuó por los arrullos de las cantoras que enseguida empezaron a llorar por la boca. En el centro de la plaza ya consagradas al luto, las mujeres rezaban con la devoción de una madre que ora por el alma su hijo mientras los señores parados en las esquinas, o recostados bajo los almendros, observaban el espectáculo que poco a poco ablandaba sus inseguras corazas.

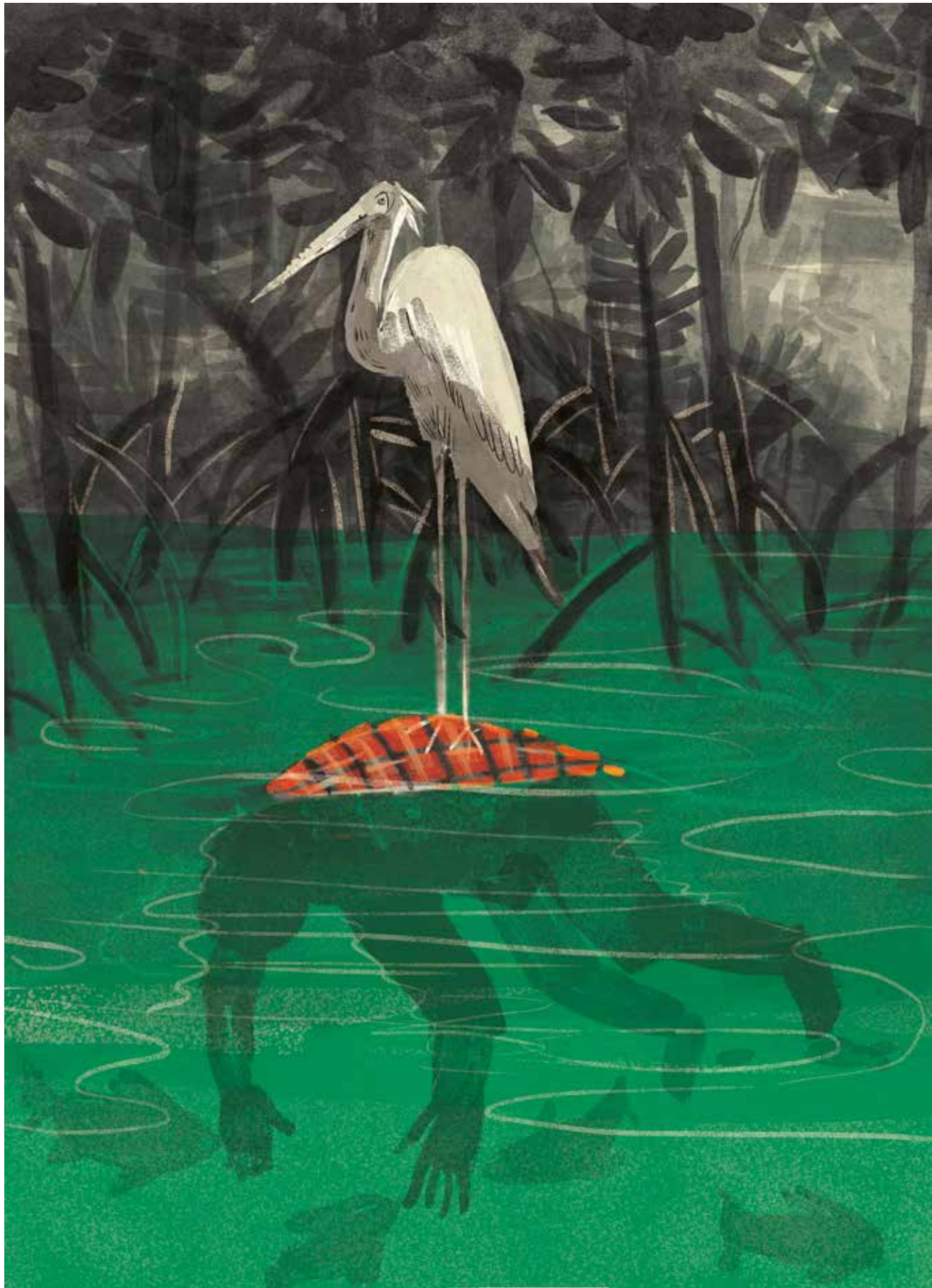
No se sabe en qué momento alguien dispuesto a terminar con aquel dolor que empezaba a sentirse en las tripas, puso a rodar el botellón de viche destilado en las ramadas del Saija. Tampoco se sabe el instante en que se esfumaron las ocho galonetas que se consumieron como agua, y mucho menos cuándo arrastraron una mesa para asentar el dominó que aplomó en butacas a los hombres desahabitados por el sueño. Nadie sabe en qué momento ocurrió todo esto, lo cierto es que todos los presentes fueron recordando que aún vivían. Que tenían demasiadas cosas por disfrutar. Empezaron a conversar, a reírse, a brindar por la vida. Así lo hicieron durante toda la madrugada.

A las seis y diez se destapó a llover. Las últimas personas que aún quedaban en la plaza se esparcieron ante el agua intrusa. Los hombres que quedaban agarraron el potrillo y doblaron la esquina rumbo al consultorio. El doctor Balanta había estado esperando desde las seis, parado bajo la puerta con un vaso en la mano, sostenido únicamente por dos jarras de café que se desvanecieron en el frío de la noche.

También estaba trasnochado. Había pasado toda la noche buscando en las hojas de sus libros la respuesta a aquel enigma de la naturaleza. Ese era el modo de trabajar de aquel hombre que se enorgullecía de no haber cometido errores en toda su carrera, y que ahora, en su cuaderno lleno de rayones incomprensibles, había anotado algunas posibles explicaciones.

Acosados por la lluvia atravesaron la puerta y pusieron el bulto en el suelo. Eran jóvenes, aquellos hombres, y en sus trajes negros de pies a cabeza no quedaba rastro de la elegancia de la noche anterior; solo una tufarada nauseabunda y unos ojos abultados de sueño.

Dejó el vaso aún humeante sobre la mesa, cerró la puerta y corrió la cortina de la ventana que daba a la calle para que entrara la luz. A través de ella alcanzó a ver a los cuatro hombres con la borrachera aún viva en los cuerpos: se alejaron en saltos para esquivar los charcos; luego caminaron recostados a la pared, con los hombros pegados a la cabeza, escapando a



los chorros de agua que caían del techo. Los vio desaparecer en la esquina de la iglesia. Empapados, trasnochados, borrachos, contentos. Siguió contemplando la lluvia, hasta que los latidos del corazón lo despertaron de aquel trance.

Decidido a revisar hasta el último centímetro de carne en procura de las respuestas que se le habían escapado el día anterior, se puso los guantes de látex, tomó el cuaderno y una a una exploró las posibilidades.

Cortó con tijeras los trapos que habían sido colocados para adornar el cuerpo, y poco a poco el cuarto empezó a llenarse de ese olor de flores que había percibido en el muelle. Revisó palmo a palmo la espalda, las piernas y los dientes aún perfectos, cuidando de no perderse ningún detalle.

Al revisar con lupa descubrió que unas pequeñas raíces tiernas empezaban a crecer de las uñas de los pies; sobre la cabeza reverdecía un musgo que mantenía tibio el cuerpo; en las puntas de los pelos con forma de resorte que salían de la nariz y los oídos, habían empezado a nacer unas diminutas flores moradas, con estrellas amarillas en el centro. Todos los otros orificios que encontró alrededor del cuerpo eran jardines pequeños donde florecían

geranios diminutos. Las navajas y tijeras que intentaban abrir la carne se astillaban al roce con la cascara que ahora era su cuerpo. La piel, que antes era babosa, se había convertido en una corteza áspera y dura.

Como pudo rasgó el vientre maderoso. Los pequeños residuos de piel desprendidos los colocó bajo el lente del microscopio. Con el viejo artefacto traído celosamente desde Cuba en su primer viaje al exterior, observó gradualmente la infinidad de cosas que ocurrían a tan solo una palma de sus ojos. Examinó pasivamente durante algunos segundos. Luego permaneció estático. Retiró el ojo del lente, y por primera vez después de muchos años, el doctor Balanta se sintió sorprendido.

Volvió a observar a través del microscopio. Sus ojos perdidos en los lentes de vidrio deliraban con la sucesión de imágenes que parecían extraídas de una película a gran velocidad: las partículas medio humanas, medio vegetales, se excitaban, se transformaban y se devoraban unas a otras. Todo el caos natural ocurría en ese instante sobre una pequeña lámina de vidrio de dos centímetros. Aterrado levantó los ojos por última vez del lente, se paró y caminó hacia la puerta, donde el agua corría

por los bloques de ladrillo que componían la calle. Se arrojó, sin pensarlo, de frente contra la lluvia, esperando encontrar pronto a alguien que le ayudara a cargar el muerto. Debía actuar rápido.

Era mediodía, y a causa de la lluvia, la gente se entregaba al placer de dormir; azotados por los estragos del llanto, de la habladuría, de la cantadera, y sobre todo de tanto viche.

Acurrucados en una de las casetas del muelle, algunos hombres habían recostado una mesa y hacían saltar las piezas de dominó en el paño verde. Cruzadas algunas palabras decidieron socorrer al doctor.

Aún no había escampado cuando los cuatro hombres salieron con el potrillo cargado en sus brazos, rumbo al muelle. Aquel muerto que se perdía en la esquina y que debía ser enterrado con urgencia esa misma tarde, no era más un asunto del que quisiera ocuparse el médico.

Los hombres atravesaron el río revuelto buscando llegar a la otra orilla habitada por el silencio salvaje de la selva, y por ejemplares de chachajo y peñemono. Localizaron el terreno menos pantanoso, hasta donde cargaron el cuerpo, protegidos con guantes, evitando cualquier contacto con su piel, como lo había indicado el médico. En

cuestión de minutos habían terminado de cavar el hueco.

Así, sin chucherías que se pudren con el barro, sin flores ni bombones, sin despedidas, sin llantos, sin más, solo rodeado de árboles, y con unos chaparrones que solo se ven en septiembre, fue enterrado el primer muerto del pueblo.

De regreso, el doctor Balanta se aseguró de limpiar con cautela su consultorio y de deshacerse de los restos y utensilios empleados durante la operación. Luego se sentó frente a su escritorio y allí permaneció cuatro horas con la firme convicción de no pararse hasta terminar de escribir un largo y difícil informe de cinco hojas.

Eran las ocho. Por fin había dejado de llover. Se acostó, rendido. Setenta horas en el billar y más de cuarenta dedicadas al muerto. Durmió entregado al silencio de la noche.

El jueves amaneció soleado, como si aquella temporada de invierno crudo hubiera desaparecido para no volver.

El doctor Balanta se levantó hacia las once y agregó los últimos comentarios al informe. No quedó tranquilo hasta haberlo leído tres veces en voz alta. Corrigió cada detalle y lo metió en un sobre de papel madera. Se vistió y salió en busca del correo.

Afuera, el pueblo había retomado las actividades. En el camino, vio cómo el humo de las pequeñas cocinas del mercado salía desbordante por el techo y se perdía en el cielo. Al pasar frente a la iglesia saludó al padre Nicolás que había escogido la calle para desperezar su cuerpo. Acababa de hacer la siesta de la mañana y apenas se restablecía para anunciar la misa de las doce. El padre lo interrogó sobre lo ocurrido con el difunto, quería tener toda la información, y mientras le hablaba no dejaba de mirar el paquete que guardaba bajo su brazo.

Decidido, el doctor le contó algunos pormenores de la operación. El padre permaneció en silencio. Los detalles de la autopsia lo pasmaron. Por primera vez en 38 años de implorar por la salvación de los demás, el padre Nicolás rogó por su propia vida. Se santiguó tres veces, se hincó bajo el portón y una vez más se perdió en la oscuridad de la iglesia.

El doctor siguió su marcha rodeando el muelle. Cuando tuvo el río en frente se detuvo ante el cementerio de árboles tajados con sierra que se escurrían por la corriente. Desde arriba veía a los pescadores tratando de esquivar la infinidad de árboles que se estrellaban con sus canoas. Era innavegable. Las lluvias de los días anteriores, el trasnocho del martes, o el duelo del muerto, habían dejado una extraña sensación de destrucción que aumentaba con el paisaje desolador del río.

En ese momento, el medico empezó a notar un cambio violento en la respiración de la gente. Sus rostros empezaron a tornarse de un tono verdoso como el musgo que crece en las paredes del muelle y los ojos revelaban un malestar interno.

De las turbulencias del río salía una tufarada de barro podrido que impedía identificar la antigua esencia que bañaba las calles del pueblo. La piel de los peces se descascaraba al contacto con las manos de los pescadores, y el plátano que traían del monte empezaba a teñirse de un amarillo enfermizo.

Se sintió preocupado, pensó que tal vez la próxima semana iba a ser agotadora. Que sus vacaciones habían terminado. Siguió directo a la oficina de correo, y mientras caminaba miró la cantidad de árboles troceados que arrinconaban las canoas amarradas al muelle.

Ya en el correo, hizo las diligencias de envío. Pagó la tarifa y esta vez regresó directo a su casa, decidido a no distraerse y a pensar en las calles que enfermaban. ©



*"Hombres cuyo país es un trozo azul de lejanía.
Recorren parajes en cuyas blancas estaciones
quieren desahogar el olvido."*
Juan Manuel Roca

CONFIAR
COOPERATIVA FINANCIERA
Cooperativizando para el Bienvivir

• CURSO

URBANISMO SOCIAL:

GESTIÓN PÚBLICA Y DISEÑO URBANO

Clases teóricas y recorridos por la ciudad

Del 10 al 14 de julio de 2017

*Programación sujeta a cambios

Inversión
\$1.750.000
pesos colombianos

Líneas temáticas
Sostenibilidad Urbana
Gestión Pública y
Gestión Local
Participación Ciudadana y
Procesos Comunitarios
Cultura y Capital Social
Gobernanza Urbana

Invitan: **urbam** Centro de Análisis Político Escuela de Verano

INFORMACIÓN:
Tel: +574 2619500 Ext. 9091
escueladeverano@eafit.edu.co
Twitter: @CAPoliticoEAFIT @urbam_EAFIT

Inspira Crea Transforma

Vigilada Mineducación www.eafit.edu.co

Eran las tres de la tarde las tres

por IGNACIO PIEDRAHÍTA

Fotografías: Raúl Soto, *La mujer del animal*

La *mujer del animal* significó para mí ver la poesía de Helí Ramírez llevada al cine. Nunca pensé que eso pudiera llegar a hacerse con la obra de este poeta de Medellín, maestro de la marginalidad, pero allí estaba, en el teatro, de manos de Víctor Gaviria. Al presenciar las primeras imágenes de los barrios populares de la Medellín de los años setenta, me di cuenta de que estas ya estaban en mi memoria, especialmente desde la lectura del libro *La parte alta abajo*.

La historia de la película se desarrolla en los años en los que las migraciones del campo hacia la ciudad se hicieron más fuertes. Gentes recién llegadas de los pueblos venían huyendo de la violencia rural, donde los viejos decían “haber nacido al lado de una quebrada / y árboles y animales de verdad”, según Helí. Los recién llegados se instalaban en las laderas más altas de la urbe, en ranchos con muros de madera y techos de hojalata. Entre esos personajes está el Animal, que como muchos de nuestros bandidos (Sangrenegra, Desquite, Tirofijo), aceptan su remoquete y lo hacen valer.

El Animal, líder de una gallada que se sostiene robando en el Centro de la ciudad, se parece al Milín de los poemas de *La parte alta abajo*, perentorio en sus órdenes a sus segundos: “si no lo hacés te enciendo a fierrazos / y cuelgo tus tripas en la puerta del café...”. Publicado en 1979, el libro hace poesía con ese tipo de personajes y su entorno, en una década en la que se pasa de los puñales a los fierros, tal como sucede en la película. Al principio, el Animal y sus secuaces siembran el miedo en el barrio con machetes, pero siete años después serán ajusticiados con balas.

Al Animal no lo hace malo la ciudad, parece venir así desde la vereda donde creció. Y, más que hacerse un nombre como ladrón o bandolero, encuentra su brutalidad en la sumisión de las mujeres que tiene a su alrededor. Es un maltratador de sangre, perverso, violador. Encarna demasiada maldad, quizá, pero a Víctor lo respaldan los testimonios que recogió para elaborar el personaje. Según él, la víctima real del Animal asegura que aquel hombre no mostró nunca otra dimensión. Así parece que lo sostuvieran también unos versos del poeta:

“Ningún destino se detiene a morir junto a otro destino. / El animal está destinado a una sola cosa”.

Al igual que en los poemas de Helí, urbanos en esencia, se sienten en la película, todavía vivas, las raíces del campo colombiano: “Nací como muchos otros no soy el único / en medio de disparos de revólver y fusil en medio de / regueros de sangre”. En ese contexto, la ciudad se muestra incluso como una salvación. Cuando la mujer del Animal decide cortarse el pelo a escondidas, encuentra una de sus salidas más inteligentes. Sin tener de dónde arrastrarla como trofeo personal, el Animal se queda sin instrumentos para humillarla.

Conforme pasan los años de aquella década, el Animal se ve obligado a trepar aún más por laderas del barrio: “Para llegar al rancho hay que subir / unas escaleras de miseria”, dice Helí. La comunidad, si bien no puede sofocar su maldad, hace sentir la presión, lo mismo que algunos tibios intentos de la policía. Como una fiera perseguida, el Animal va buscando los filos de las montañas, allí donde ventea fuerte y las noches son frías. Crea en estos barrancos

en proceso de colonización su pequeño fuerte, basado en el aislamiento.

El Animal es exuberante en las vejaciones hacia su mujer, que se extienden además hacia sus hijos y hacia otras mujeres, con las que conforma una especie de siniestro harem particular. Fuera de su séquito, las violaciones de muchachas jóvenes son su agrio pasatiempo. Se las roba frente a los ojos de otras mujeres y de hombres inermes que nada pueden hacer ante la gallada. Son esas violaciones las escenas más fuertes de la película. “La gallada la condenó a acostarse con la gallada”, dicen los versos de *Eran las tres de la tarde las tres*. Este poema cuenta precisamente la historia de un grupo de hombres que engatusan una muchacha, la engañan para llevarla a una cueva de piedra sobre la cuesta de la montaña y allí la atacan como una manada de hienas.

“Milín fue el que les metió la idea en la cabeza / el gago por hacerse más llabe de milín fue el primero en apoyarlo / y porque era la única forma de tocar a una pelada su cuerpo / luego el apoyo del tuzo y con el apoyo del tuzo el resto de la gallada”. Es más difícil ver en



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

HOMO LUDENS

Alicia a través del espejo plantea el desarrollo de una partida de ajedrez, que de algún modo estructura la trama. Por lo demás, el libro comienza con un problema de ajedrez cuya solución se deja al lector; según creo haber leído, muchos han tratado sin éxito de resolverlo. Tal vez no tenga solución, tal sea apenas un caprichoso *non sense*. Pero con el reverendo Dodgson nunca se sabe; pues solía guardar más de una carta en la manga, como bien lo sabe Alicia.

Aparte del de Carroll, son muchos, y muy citados, los relatos literarios que se ocupan del juego ciencia. No obstante, todos tratan el tema de soslayo, como un mero telón de fondo; un pretexto narrativo, si así puede decirse, para adentrarse en otros asuntos. El arte al servicio del arte.

Pero lo que aquí se quiere postular es que toda partida de ajedrez lleva implícita una historia, una estructura narrativa (creía este cronista que era esa una idea suya, pero supo luego que alguien se le adelantó, como lo verás si llegas a la posdata). Podría ejemplificarse este aserto si algún narrador —por descontado, adicto a los escaques— se animara a demostrarlo. Para ejercitar la mano, le convendría empezar con un minicuento, ficcionando el famoso mate pastor, que consta de tres movidas. Podría seguir luego con una partida corta, o miniatura, como las que prodigaron en sus tiempos el italiano Greco o el gran Paul Murphy. Aquí sería oportuno continuar con un ejemplo de *zugzwang*, esa dramática situación del ajedrez en que cada movimiento que hagas te lleva fatalmente al abismo. Y al fin, ya superados esos escollos, nuestro escritor debería enfrentar el reto de transformar en novela una partida larga y compleja, de aquellas llenas de meandros, sutilezas, variantes e intuiciones brillantes; un difícil desafío, sin duda, para el que sería preciso tal vez un nuevo Joyce, o un nuevo Cortázar, un nuevo Georges Perec, o, desde otro ángulo, un nuevo León Tolstoi. Todos ellos insignes jugadores del idioma, insignes auscultadores del alma humana; y el final de la obra, como exige la gran literatura, sería la inevitable derrota, la inexorable muerte: el rey ha muerto, o se resigna al destierro. Queda ahí la idea, factible a pesar de todo, porque el arte todo lo puede.

P. D. “Contar un cuento es una partida de ajedrez...”. Me quedo con esas palabras, y omito las que siguen. Pertenecen al señor de Aracataca, y hacen parte de un ensayo sobre José Asunción Silva. Un precioso texto, dígame de paso, y poco divulgado. Si lo encuentras, lector, me doy por bien servido.

CODA

In memoriam
“Epifanías

Salimos del teatro, subimos por Maracaibo, llegamos al Parque de Bolívar. La película, *Matar un ruiseñor*, nos ha conmovido. El cielo está profundo, azulnegro. Hay estrellas, y si no las hay, yo se las pongo. No sabemos que somos jóvenes.
Epifanías”. ☺



CURSOS DE CAFÉ Y BARISTA

INDIVIDUALES - PERSONALIZADOS
Asesorías - Cafés - Aperturas tiendas de Café
☎ 316 668 11 82

maxicafemedellin@gmail.com

 Maxi café - Cursos Asesorías Eventos - Medellín
 maxicafemedellin


Diseño Gráfico - Imagen - Publicidad
Diseñado por
www.color-indigo.com



DR. GUSTAVO AGUIRRE

OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.
CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

Afectos íntimos

Este curioso documento personal fue ideado y escrito entre 1880 y 1883 por el médico medellinense Fabricio Villa, padre de Elisa Villa Álvarez, púber doncella a quien se lo dedicó. El álbum manuscrito de 163 páginas contiene las más variadas, almibaradas y recursivas caligrafías y tipografías con que el autor —quién se firma como “Tu amante papá”—, y quienes colaboraron en él, plasmaron los afectos y dedicatorias para la joven, muchas de ellas complementadas con viñetas, dibujos o ilustraciones que, desde la espontánea manualidad hasta el refinado modelo fotográfico, son parte de una memoria familiar.

El álbum contiene, además, escritos de amigos y familiares. Poemas, cartas, dedicatorias, pensamientos, plegarias y otras clases de escrituras líricas o epistolares componen esta especie de diario sentimental, que a veces raya con lo cursi y lo patético. Aunque antes de juzgar hay que entender la época.

El *Álbum de afectos íntimos* es uno de los libros curiosos y raros que se conservan en la Biblioteca Pública Piloto de Medellín.



16º PREMIO NACIONAL
UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA
A LAS ARTES
Y LAS LETRAS

35º PREMIO NACIONAL
DE LITERATURA,
MODALIDAD
ENSAYO LITERARIO.

13º PREMIO NACIONAL
DE COMUNICACIONES,
MODALIDAD
CORTOMETRAJE

11º PREMIO NACIONAL
A LAS ARTES,
MODALIDAD DANZA

FECHA DE APERTURA: MARZO 8 DE 2017

FECHA DE CIERRE: 30 DE JUNIO DE 2017

Los ganadores del *Premio Nacional de Literatura*, *Premio Nacional a las Artes* y *Premio Nacional de Comunicaciones*, recibirán cada uno, un premio único de: **\$22.131.510**
(equivalentes a 30 SMMLV).

El ganador del *Premio Nacional Universidad de Antioquia a las Artes y las Letras* recibirá un premio único de: **\$36.885.850**
(equivalentes a 50 SMMLV).

El ganador del **35º Premio Nacional de Literatura, modalidad ensayo literario**, recibirá como parte del premio la publicación de la obra, con un tiraje de 500 ejemplares de los cuales 25 constituirán ejemplares de autor.

 MINCULTURA

 **TODOS POR UN
NUEVO PAÍS**
PAZ EQUIDAD EDUCACIÓN



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

Evento apoyado por el Ministerio de Cultura
Programa Nacional de Concertación Cultural

www.udea.edu.co/premiosnacionalesdecultura • premioscultura@udea.edu.co



P R E M I O S
nacionales de cultura
Universidad de Antioquia
2 0 1 7



Retratos de muestras examinadas en marzo pasado en el Freedom Festival en Medellín.
Desde hace cerca de cinco años la Corporación Acción Técnica Social (ATS) hace un testeo de drogas en el torniquete de algunas fiestas con buena reputación de consumo. *Échele cabeza* se llama su campaña. Tan simple y tan útil como un boletín del consumidor. La gente entrega su muestra y en cinco minutos le dicen qué tanto tiene de lo que le prometieron. En quince minutos más le pueden dar detalles adicionales. Ese día examinaron éxtasis, LSD, cocaína y 2CB. Va una muestra de la colección de éxtasis. Para que se animen a elegir las pepas por algo más que su molde. *Échele cabeza*.

El Archivo Histórico Judicial de Medellín guarda cerca de trece mil expedientes judiciales con procesos tramitados en Antioquia y Chocó entre el siglo XVII y el siglo XX. Sumarios que son novelas crudas, teatro de baranda y chisme de pueblo. Una historia judicial de promesas, fugas, prejuicios y peritos impúdicos en 1935 en el Juzgado 1° Superior de Medellín.

Desde niña tengo grabada una imagen de las largas conversas con mis abuelas, tías y demás mujeres de la familia: la visita del novio que se recibía en la sala, bajo la mirada atenta de padres y hermanos, en la que tomarse de las manos por un momento era toda una osadía. Los saludos en la puerta, los susurros a través de la ventana o los intercambios fugaces de miradas en la misa complementaban el cuadro de los cortejos convencionales. Años más tarde, estas imágenes siguieron repitiéndose en el cine, en las novelas, en las letras de las canciones y en las fotografías de archivo. Incluso, pude recrearlas al observar la arquitectura de algunas casas viejas, donde las ventanas permitían a los novios sentarse por largo rato.

Al lado de estos recatados cortejos en espacios cerrados, fueron apareciendo otros relatos en potreros, caminos, quebradas y todo tipo de parajes ideales para encuentros furtivos. Ante esta riqueza de espacios y ocasiones, pensé que era imposible que los encuentros amorosos estuvieran reservados a aquel sillón vigilado. Me sigo preguntando por las formas de cortejo, seducción y amor cuando Medellín empezaba su proceso de urbanización. ¿Por qué nuestras abuelas se casaron tan jóvenes y casi siempre con su primer novio?

En los expedientes que conserva el Archivo Histórico Judicial de Medellín, ubicado en la Universidad Nacional de Colombia, encontré un rico acervo para seguir alimentando estas preguntas. Las líneas siguientes fueron reconstruidas a partir de uno de ellos: “Sumario por Seducción”, adelantado a Roberto Restrepo en 1935, guardado en la carpeta 12158. Se inspiran también en la historiografía local, en conversaciones cotidianas y, seguramente, en mis imaginaciones, experiencias y deseos.

Los brazos de Roberto

En el paraje La Tolda, entre las cuchillas verdes que comunican a Barbosa con San Vicente Ferrer, dos jovencitos, nacidos y criados en esas tierras, principiaron amores. Corrían los años treinta del siglo pasado, época de crisis económicas en otras latitudes y de años dorados para ciudades latinoamericanas como Medellín y sus alrededores. Una combinación de industria, comercio y

crecimiento urbano, significó para la incipiente ciudad el inicio de una transformación vertiginosa con la llegada de hombres y mujeres venidos de todas partes de Antioquia.

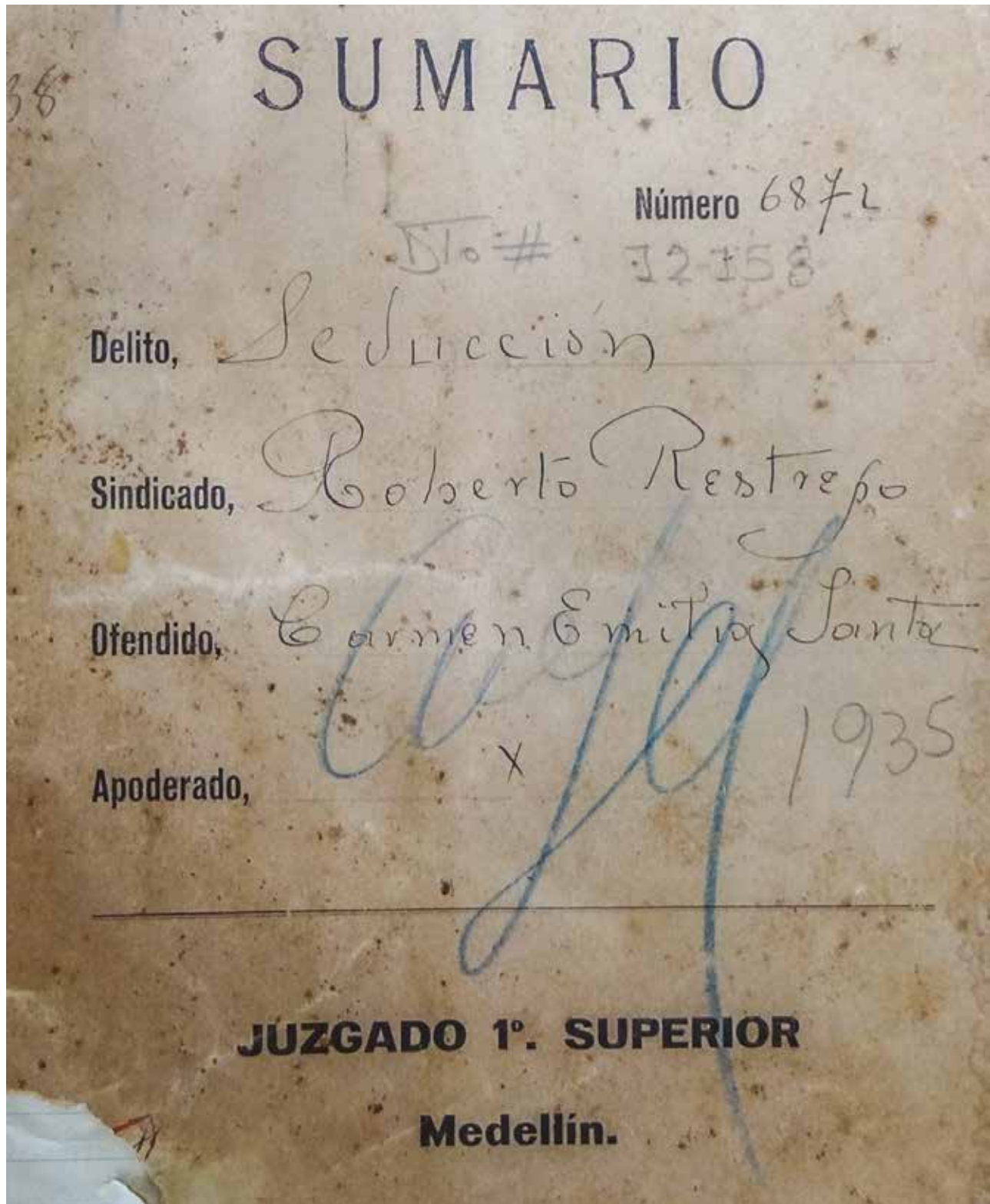
En el centro de la ciudad finalizaba la cobertura de la quebrada Santa Elena, Cine Colombia proyectaba por primera vez una película sonora, los barrios Aranjuez, Campo Valdés y Manrique iniciaban con fuerza su poblamiento, importantes industrias como la Cervecería Unión, Tejióndor y Locería Colombiana se consolidaban. Y, tal vez lo más trascendente, concluía la construcción del Ferrocarril de Antioquia que abrió las rutas hacia los ríos Cauca y Magdalena, dinamizó la exportación e importación de materias primas, mercancías y productos y, a su vez, favoreció la llegada y el paso de gentes de todos los colores.

En medio de estos años agitados, en octubre de 1933, fue cuando Carmen Emilia Santa, natural de San Vicente y vecina de Barbosa, de 18 años de edad, con oficios domésticos de profesión y C.A.R. (católica, apostólica y romana, como versaban las costumbres de la época), comenzó sus amorfios con Roberto Restrepo, soltero, de 22 años de edad, también C.A.R. y motorista del tranvía municipal de Medellín. De la figura de Roberto conocemos algunos trazos: “talla 159, descalzo, color trigüeno, cabellos ondulados castaños, frente estrecha, ojos medianos pardos claros, dorso recto, base caída, boca pequeña, labios delgados, mentón redondo, orejas rectangulares, cejas negras crespas. No tiene ninguna señal particular, viste decentemente y alfabeta”. De las señas de Carmen Emilia solo sabemos por los peritos médicos que era

una mujer bien conformada y sin ninguna anormalidad física.

De vistas, los testigos coinciden en que fue la vecindad la que favoreció amores entre los dos muchachos, aunque Niacianceno, padre de la joven-cita, se opuso desde el principio a esa relación, por lo que el susodicho nunca tuvo entrada a la casa de la familia Santa. Al parecer, con la complicidad de la madre, Carmen Emilia Adarve, Roberto pudo cortejarla en el corredor externo de la casa, ubicada en el camino real que de Barbosa conducía a San Vicente. El corredor de aquella casa blanca, enalada y siempre limpia, con el piso de tierra barrido con escoba de ramas de berbena, fue testigo de sus encuentros. Los enamorados pasaban tardes enteras sentados en la tarima que hacía de mueble, sobre una espuma larga y un tendido de boleros. Con la acostumbrada

Sindicado por seducción



por EULALIA HERNÁNDEZ CIRO

Fotografías: Archivo BPP - Archivo Histórico Judicial de Medellín



Barbosa, anónimo. 1926.

compañía, claro está, de los hermanos menores de Carmen Emilia.

Sonrisas, murmullos, palabras, promesas y uno que otro roce hacían parte del cortejo. Los amigos de Roberto le decían que dejara la visitadera, que el papá de la muchacha lo iba a sacar con un palo. De inmediato les replicaba que don Nacianceno no tenía por qué sacarlo, “que él no era sino que quería a la muchacha”. Cuando las prohibiciones aumentaban y no podían siquiera estar en el corredor, se las arreglaban para encontrarse en los alrededores o en casa de vecinos. En su trato, Roberto era respetuoso y delicado, aunque con el paso de los días Carmen Emilia notó que se fue poniendo confianzudo con ella. Nunca iba a olvidar una noche luego de toda una tarde juntos en la tarima del corredor. A eso de las siete, cuando sus hermanos pequeños habían entrado a la casa, Roberto la abrazó y le propuso que se le entregara para usarla carnalmente.

Pero esa no sería la única vez. Ella siguió resistiéndose a la repetida petición hasta que, llevada por el amor que siempre sintió por él, cedió a sus ruegos. Y fue así, de pie, en el corredor, que Restrepo intentaba saciar sus ansias: “me decía que él no me iba a perjudicar. Luego de molestarme en esa forma se retiraba, sin que yo hubiera sido desflorada por él”, relataba Carmen Emilia, refiriéndose a cuando Roberto “solo la usaba sin introducir su miembro”. La tomaba entre sus brazos contra la pared del corredor blanco por el que todavía fluían sus palabras, hasta que entre las piernas de la muchacha quedaran los restos olorosos de la pasión.

Los roces entre los cuerpos cada vez se hicieron más urgentes. Fue así como una tarde soleada de junio, al despedirse en el corredor, Roberto le dijo que se saliera con él. Carmen Emilia, confiada de sus palabras, pensando en que nada le iba a pasar, pero además segura de que Roberto se iba a casar con ella, como se lo venía prometiendo cada vez

que caía la tarde, accedió. “Cerca a la casa a un lado del camino me acostó en el suelo y enseguida sé me subió encima y me perdió, es decir, me violó sin que yo me le hubiera resistido y luego nos separamos habiéndome dicho que no tuviera cuidado por lo que habíamos hecho que no me iba a embarazar y que no me pasaba nada y que en todo caso se casaba conmigo. Yo sentí mucho dolor esa vez pero ninguna hemorragia de sangre me vino”.

Transcurrió casi un año de plenos atardeceres, hasta que Roberto consiguió un empleo como motorista del tranvía de Medellín y se mudó con su familia al barrio Manrique. El cargo de motorista era reservado para jóvenes de clase media de la ciudad y de otras vecindades. El nuevo empleo y la distancia de casi 36 kilómetros interrumpieron las conversas en el corredor de la casa de La Tolda, pero el amor siguió su curso gracias a las cartas

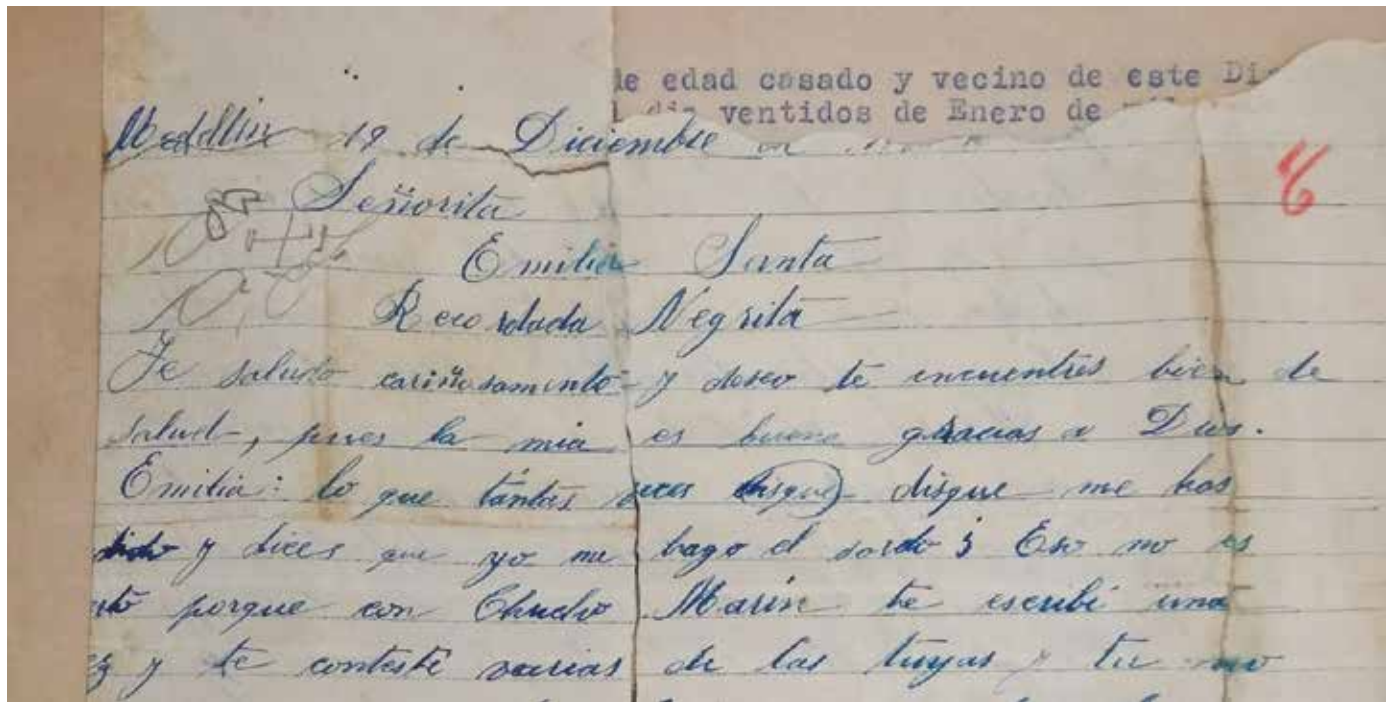
que empezaron a escribirse. Vecinos y amigos fueron emisarios de tales misivas que circulaban en sobres cerrados y ocultas al recelo de algunos de los miembros de la familia Santa. En ese momento las comunicaciones entre el norte y el centro del valle de Aburrá fluían por las líneas del tranvía, del ferrocarril, las carreteras, la red de caminos e incluso por el mismo río, que con balsas prestaba el servicio de navegación a pequeña escala. Viajaban mercancías, personas... y sobres.

“Negrita”, “Estimado amorcito”, “Espero ansioso tu respuesta”, “Dedícate pues a mi que yo me dedico a ti”, eran algunas de las expresiones plasmadas en el papel, que alegraban corazones y avivaban deseos. A pesar de la cercanía que transmiten las cartas, desde ese momento los amantes tuvieron pocas oportunidades de verse y, cuando lo hacían, “era sin ocasión de ejecutar actos carnales”. En una de las pocas

ocasiones en que Restrepo visitó La Tolda, volvieron a juntar sus cuerpos: “En octubre del año pasado vino, estuvimos cohabitando una sola vez un día domingo debió ser del seis al ocho de dicho mes, y desde esa fecha yo nada particular senti en mi. Fue cuando llegó la época de la menstruación que vine a darme cuenta que estaba embarazada, aún me siento en tal estado”, relató Carmen Emilia al ser interrogada por el alcalde de Barbosa, quien entonces ejercía como autoridad judicial.

Las piernas de Carmen Emilia

La respuesta de Roberto a la última carta de Carmen Emilia no llegó. En su lugar mandó a decirle con José Marín que no había podido escribirle, pero que bajara a Barbosa que él iba para que hablaran. Ella aceptó. Era domingo. Día de bajar al pueblo, ir a misa





Carretera al Hatillo, Gabriel Carvajal Pérez. 1963.

y mercar; de empezar muy temprano para no perder la posibilidad de algún encuentro. La pareja conversaba en la cantina de los Echavarría del mismo tema que en la última carta de Roberto, en la que, después del acostumbrado saludo cariñoso a su negrita, le decía que no era cierto que se hubiera hecho el sordo:

“Esé apuro en el cual me dices que te encuentras, te aconsejo no te desesperes que eso dá mucho tiempo y a tu mamá le dices que te traiga a Medellín le dices que te traiga donde un médico haber que es lo que tienes y antes sí ella a mi me cree culpado para que se hablen con migo directamente haber que es lo que se hace y tambien cuanto tiempo tienes porque allí puede haber horror porque según me han dicho yo nada mas no tengo parte en ese asunto, pero no por eso té desanimas te vienes con tu mamá diciéndole que estas enferma y para que hablen ambas con migo; y por falta de dinero no dejes de venir que ya aquí te proporsiono modo de lo que necesites para volverte, y en la próxima carta tuya me dices cuando vienes y en que tren para salir a la estación del...” [falta el pedazo de la carta].

En esas, apareció su padre. Nacianceno tomó a la muchacha de un brazo, la reprendió y se la llevó de la cantina. Horas más tarde, entre los bultos de yuca, los racimos de plátano, los costales cubiertos de mangos y piña, Carmen Emilia y Roberto volvieron a encontrarse. Él le decía que tenía que regresar en la tarde a Medellín, que se fueran en el tren, que abandonara el hogar en el que ya no se sentía bien... El plan era no usar la vía acostumbrada de la Estación Barbosa, sino ir en automóvil hasta la de Isaza para no ser detectados. Desde allí pocas estaciones los separaban

de la promesa de una nueva vida. Hubieran logrado la huida esa tarde de domingo de no ser por la persecución que emprendió el alterado padre. Antes de llegar a la estación, por la carretera al Hatillo, les dio alcance.

El mismo domingo, 20 de enero de 1935, a las cinco de la tarde, Nacianceno fue a denunciar el delito de seducción y engaño contra su hija: “Roberto Restrepo se ha aprovechado de mi hija, con engaño de palabra de matrimonio y ha abusado de ella deshonestamente deshonorándola a tal punto que se encuentra en estado de embarazo”. Y para que quedara constancia en el sumario, agregó “que su familia ha sido toda de buenos antecedentes y que su hija se hallaba virgen cuando empezó las relaciones con Restrepo [...] que saben que su hija ha sido muy buena, los señores Miguel Agudelo, Rafael Tobón, Juan Crisostomo Osorio...”.

El artículo 724 del Código Penal vigente consideraba la seducción como un delito: “El hombre que habiendo contraído esponsales con una mujer y abusado desonestamente de la desposada se niega después a contraer matrimonio con ella, o procura eludir la palabra de casamiento, o voluntariamente ejecuta un acto que haga imposible el matrimonio conforme a la ley, será castigado, a petición de la ofendida, de su padre o madre o guardador”. Es decir, el delito consistía en valerse de promesa matrimonial para abusar deshonestamente de una joven doncella, quien en la mayoría de los casos quedaba embarazada.

La denuncia de Nacianceno implicó la apertura de un proceso penal, donde Carmen Emilia se convirtió en la ofendida, Roberto en el sindicado y los vecinos en testigos. El médico, el policía,

el secretario, el alcalde, el juez y el jefe de la investigación criminal entraban al proceso como representantes del Estado. Luego de la denuncia, la ofendida estableció los hechos y, sin que se le quebrara la voz, testimonió: “Juro poniendo a Dios por testigo, yo estaba completamente virgen, cuando me entregué a Restrepo en Junio la primera vez y que solo este me ha gosado en pocas veces carnalmente y que me sedujo diciéndome que se casaba conmigo. Y hoy acudo ante las autoridades para que se obligue a dicho señor a que me cumpla su palabra o me resarza de daños que me ha causado con su proceder”. La seducción podía ser castigada con penas entre uno y cuatro años de reclusión y con el pago de una multa de doscientos pesos por perjuicio. En caso de que el seductor contrajera matrimonio con la seducida “cesará por el mismo hecho todo procedimiento contra él”.

En su testimonio Carmen Emilia hizo otra solicitud: “Como ya estoy sufriendo en mi casa y no quiero volver a ella porque mis padres me miran mal por mi caída, pido se me deposite en una casa honrada, mientras ver que resuelve mi Seductor, pues para mi es imposible vivir al lado de mis padres, que hoy me desprecian por mi caída de la cual solo es culpable Restrepo que aunque sin fuerza y violencia, me sedujo aprovechándose de mi inesperienza y del inmenso amor que me inspiró”.

Pero sus palabras no fueron prueba suficiente para la justicia. La primera diligencia fue ordenada a los peritos. Esa misma noche, después de un examen detenido, los médicos encontraron “el himen de forma semilunar ligeramente desgarrado”. Y concluyeron: “la mencionada Carmen Emilia Santa ha sido huída por un individuo cuyo miembro no

debe ser excesivamente grande, y probablemente no han pasado de dos las veces en que ha sido husada [...] En todo caso, según lo expuesto anteriormente la mencionada muchacha, no parece halla sido husada por más de un hombre, examinada detenidamente la matriz, se encuentra un embarazo próximamente en el cuarto mes”.

Aquellos vecinos que de vistas u oídas pudieran dar cuenta de los hechos fueron interrogados: ¿sabían del noviazgo? ¿Cuál era la conducta moral de los implicados? ¿Tuvieron noticia del compromiso de matrimonio? ¿Había igualdad o diferencia en cuanto a posición social y pecunaria entre las familias del sindicato y la ofendida? Por la confianza que notaban en las conversaciones en el corredor de la casa de La Tolda, los vecinos aseguraban que existía un noviazgo. De la conducta de Carmen Emilia todos los testimonios coincidían en que era “muchacha reputada como muy buena”, “mujer honrada y recatada”, “una señorita de buenos sentimientos y de una conducta moral intachable” y que “si es verdad que dicha señorita ha sido seducida, debió ser que alguno se aprovechó de la inesperienza de ella y le prometió casarse para poder perderla”.

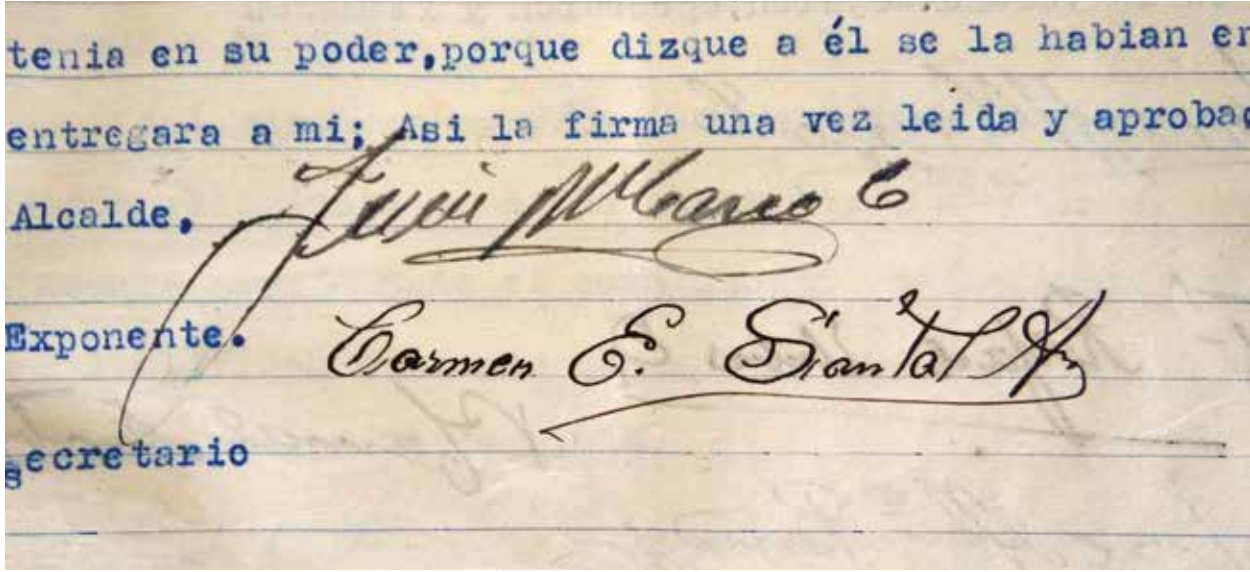
Preguntados por el sindicato, aseguraban que “la conducta de Restrepo ha sido buena pero es hombre que ha acostumbrao el licor y que también le gusta el juego”. Ignoraban que los novios tuvieran matrimonio convenido, aunque no lo veían posible: “dada la desigualdad de clases que hay entre las familias de Carmen Emilia y la de Restrepo se hubieran presentado dificultades para el matrimonio pues la familia de Santa aunque es muy honrada es familia pobre e ignorante y que demuestra su

desigualdad con la de Restrepo, en posición social ilustración y fortuna”.

Durante la indagatoria, el sindicato reconoció haber usado carnalmente a C. E. Santa pero no en las fechas que se le señalaban; que él le escribía cartas en secreto de sus padres, pero que aquel domingo era Carmen Emilia quien lo perseguía, aunque al final reconoció que iba con ella en el automóvil a tomar el tren. En su defensa, que era más un ataque, anotó: “[...] tampoco yo sólo he estado ejecutando actos carnales con dicha mujer, hace catorce meses que abandoné la región de La Tolda, para irme a trabajar a Medellín y he tenido pocas ocasiones de volver a La Tolda a verme con dicha mujer, se que ella ha sido perseguida por Rafael y Nicolás Vahos, Luis Agudelo, Francisco Sanchez y Jovino Tabares, siendo así que Rafael Vahos me dijo alguna vez que el iba con frecuencia a la casa de dicha mujer a jugar tute con los hermanos de ella y que la cojía a manosearla y que por cierto el sitio del placer lo tenía muy velludo, y que se mantenía sin calzones. Esto demuestra que dicha mujer, no ha sido la virgen inocente que se dice”.

Ante la negación de Roberto a asumir su responsabilidad y frente a sus acusaciones, a Carmen Emilia lo único que le quedaba para probar que existía una promesa de matrimonio mutuamente aceptada era presentar cartas, tarjetas de participación o intercambio de argollas. La única carta que aparece en el expediente como prueba (Citada arriba), aunque era de puño y letra de Roberto, no evidenciaba una promesa formal de matrimonio.

Fue en 1938, tres años después de iniciado el proceso y cuando el hijo de



Carmen Emilia ya había dado sus primeros pasos, que desde el Tribunal Superior de Medellín el juez expuso el veredicto: “No existiendo prueba de exponsales o de real promesa de matrimonio originaria de la entrega posible de Santa en brazos de Restrepo, no existe tampoco el delito de seducción de que se le sindicaba, porque esto constituye uno de los elementos esenciales del delito. No hay prueba para orientar las diligencias hacia otro delito. Por lo tanto, juzgo que es el caso de sobreseer definitivamente a favor de Roberto Restrepo por el delito de seducción que ha venido respondiendo”.

Además de las desilusiones del amor, Carmen Emilia tuvo que someter su cuerpo al usurpamiento médico, al escarnio

público encarnado en el rumor y la moral del pueblo, a la mirada reprobatoria de su familia, al veredicto de una autoridad. Las voces del alcalde, del médico, del juez, del padre, de los amigos, del novio, todas ellas voces masculinas, marcaron el devenir de su vida, reducido a lo que se jugaba entre sus piernas. Del otro lado, no obstante las impresiones de los médicos, el tamaño de su pene no fue medido y tampoco examinado en función del número de mujeres que había frecuentado.

Al repasar la historia de Carmen Emilia y Roberto, y otras similares en los expedientes del Archivo Judicial, la imagen de la visita del novio en la sala de la casa con las manos expuestas a la mirada vigilante se fue desvaneciendo. Tomaron fuerza los encuentros furtivos,

los roces, las complicidades, una libertad que aprovechaba las ruanas tendidas bajo los árboles, los caminos serpenteos, las amplias mangas, los lechos de la quebrada... Experiencias que hacían caso omiso al confinamiento del placer a las alcobas matrimoniales, a las prohibiciones de los padres, a las enseñanzas de la escuela y a los sermones sobre el pecado.

En algunos años, cuando sea yo la narradora entre las mujeres de mi familia, espero que surjan relatos como los de Carmen Emilia y Roberto. Quizá la crudeza de sus testimonios, llenos de placer y dolor, más que las historias de idilio y culpa a las que nos han querido habitar a las mujeres, nos ayuden a vivir el amor y el erotismo de otras maneras. ☺

Queremos más vecinos de los buenos, ¿cuál eres tú?

El vecino que manipula los servicios de EPM ilegalmente y va a la cárcel. Artículo 256 del código penal.

El vecino con conexiones ilícitas de los servicios de EPM que podría causar accidentes, incendios y fallas estructurales en las viviendas.

El vecino de los buenos que disfruta los beneficios de ser cliente EPM.

¡Somos vecinos de los buenos!

Infórmalos sobre conexiones ilegales en tu barrio al: 44 44 115 | APP EPM

Y conoce las alternativas EPM para ser vecinos de los buenos.

Por ti, estamos ahí

ePM

El daño de una mesa

por ALFONSO BUITRAGO LONDOÑO

Fotografías: Juan Fernando Ospina

Bordeando la base del cerro Pan de Azúcar, en lo alto de la Comuna 8 de Medellín, corre una vía angosta que bien podría delimitar un precipicio, si no fuera porque debajo de ella se desprende una fronda de ranchos de madera y casas de material que por años han echado raíces ladera abajo, cubriendo de barrios las montañas centro-orientales de la ciudad.

La vía comunica a los barrios 13 de Noviembre y Villatina con La Sierra, pasando por asentamientos de población desplazada como Las Torres y Esfuerzos de Paz. En su recorrido va perdiendo el asfalto y se va estrechando hasta quedar convertida en una trocha. Los colectivos de transporte público que suben desde el Centro terminan su recorrido a medio camino, justo en la entrada de la base militar Las Tinajas.

Unos doscientos metros después de la base, anclada en el borde derecho de la vía, hay una construcción rectangular de ladrillo, de una sola planta y techo de zinc, a la que se llega caminando. Por su decoración interior con banderas de arcoíris, la foto de una reina trans asesinada, mandalas dibujados en el piso alumbrados con velas, fotos de líderes fundadores y textos sobre las luchas históricas del territorio, la casa entera podría izarse como una ondeante bandera gay sostenida en el filo del precipicio.

La avanzada de un *soft power* colectivo, silencioso e incluyente, que se resiste a desaparecer en un territorio acostumbrado a la imposición violenta de determinado orden social, bien sea por parte del Estado o de distintos grupos armados ilegales.

Se trata de la caseta comunal de Esfuerzos de Paz, que desde octubre de 2016 se conoce como Casa Diversa. El albergue de los pocos integrantes que quedan de la Mesa LGBT de la Comuna 8 —de 33 miembros iniciales no permanecen más de ocho personas—, el único colectivo de lesbianas, gays, bisexuales y transgeneristas reconocido oficialmente en Colombia como víctima del conflicto armado —Resolución 2016-19777 del 25 de enero de 2016 de la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas (UARIV).

La Mesa empezó a romperse en agosto de 2011, cuando Jhon Édison Restrepo Londoño, uno de sus líderes y fundadores, tuvo que abandonar el barrio por amenazas de un grupo armado ilegal al mando de alias Mateo. El nacimiento de la Mesa LGBT de la Comuna 8 coincide en el tiempo con la consolidación del proyecto político contrainsurgente y narcoparamilitar que se vivió con especial intensidad en esta zona de la ciudad a partir del proceso de desmovilización de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), iniciado a finales de 2003.

¿Cuál fue el daño que sufrieron y cómo se repara un colectivo con orientaciones sexuales e identidades de género diversas? ¿Qué importancia puede tener la reparación de una Mesa “dañada” en un territorio urbano aún en conflicto, donde el control social impuesto por grupos armados ilegales todavía se disputa la hegemonía con el Estado? Para empezar, nadie en Colombia tiene la menor idea.

Un ascenso descendente

En el segundo semestre de 2016, Jhon y sus amigos recuperaron la casa, que había estado bajo el dominio de diferentes actores armados. Tumbaron viejos muros y construyeron nuevos, abrieron ventanas con vista a la ciudad, reemplazaron el techo de cañabrava y paja por vigas de madera y tejas de zinc. El sábado 16 de octubre, con presentaciones artísticas, sancocho chocoano, biche y música la entregaron de nuevo al servicio de la comunidad, con un enfoque en el que el respeto por la diferencia atraviesa todos los asuntos sociales, económicos y culturales del barrio.

Casa Diversa es la sede de la Junta de Acción Comunal —que desde este año preside Jhon Restrepo— y en ella se discuten los desalojos y la legalización del asentamiento; los pocos beneficios que dejan las obras del jardín circunvalar en la comunidad, que ve cómo sus ranchos les estorban a los senderos y parques que esperan visitantes; las promesas incumplidas

tras la construcción del metrocable; la carencia de servicios públicos; la vivienda precaria; el desamparo y desescolarización de niños y jóvenes; la salud de los mayores; el desempleo de las madres cabeza de familia; la convivencia en una población mayoritariamente afrodescendiente; las expresiones artísticas y culturales; la relación con las autoridades y los combos armados.

Desde las ventanas de Casa Diversa se aprecia de cerca la avalancha de casas de la Comuna 8, que se apretuja y se expande cuesta abajo, como una bola de nieve de 580 hectáreas en la que se entremezclan unos 140 mil habitantes, en una maraña hecha de la memoria del pasado y de los afanes del presente.

Por encima de ese arrume de techos de zinc, calles torcidas, pasadizos de tierra y escaleras de cemento vuelan hoy las cabinas del metrocable desde la estación Alejandro Echavarría hasta el barrio La Sierra. Especie de drones de transporte público capaces de vencer el aislamiento que producen la pobreza y la geografía. Llegará el día en que a Medellín solo se la podrá escudriñar desde el aire.

La vía angosta que bordea el Pan de Azúcar es el límite superior, a unos dos mil metros sobre el nivel del mar, de la vida urbana y asfaltada. Por encima queda la cumbre del cerro, surcada de senderos adoquinados que conforman el llamado Jardín Circunvalar de Medellín —la apuesta oficial para que la avalancha de casas no tatúe del todo la piel de las montañas—, con parques, canchas y una base del Ejército.

Cuando conocí a Jhon, a principios de 2016, ajustaba un par de años de haber regresado a Esfuerzos de Paz. Es de piel morena, cuerpo robusto y 1.72 metros de estatura; tiene la cara redonda, la nariz chata y los ojos negros y andiaños de zambo hijo de padre negro y madre indígena; lleva el pelo largo y liso en

la parte superior de la cabeza, pintado de colores, y rapado por los lados y atrás; es tierno y varonil, brusco y delicado, con las cejas siempre en alto y siempre de pantalones cortos, tenis y camiseta.

A sus treinta años dice que es gay desde que recuerda; “mariquita” desde que era un niño criado en los inquilinatos de Niquitao. Bajo su piel guarda todas las formas de exclusión que se pueden vivir en una comuna popular de Medellín. Desde que nació tiene todo en contra para rebelarse y resistir.

Si uno pudiera hacer un experimento social inconcebible, implantar a un recién nacido en las condiciones más adversas para su crecimiento en una sociedad excluyente como la de Medellín, con una madre indígena, pobre y analfabeta; un padre negro, trabajador, ausente y violento; sin seguridad social ni vivienda propia; viviendo en un inquilinato con servicios públicos escasos; rodeado de lugares de venta de vicio y prostitución; y uno se sentara a observar durante años lo que ese niño hará con su vida, lo último que cualquier científico social —ni el más arriesgado ni el más cínico— esperaría encontrar-se sería al Jhon Restrepo que todavía vive en un barrio popular, intentado subvertir lo que le fue dado al nacer.

El inquilinato en el que nació lindaba con el antiguo cementerio de San Lorenzo, en terrenos donde hoy hay una sede de la Institución Educativa Héctor Abad Gómez. Separados por un solar donde quemaban los desperdicios de las plazas de venta de drogas que había alrededor.

—El juego de nosotros era saltar las tapias de las galerías del cementerio y hacer guerra de cadillos en el solar —recuerda Jhon—. Como era hijo único, era la sensación, y como siempre he sido mariquita, mariquiaba a todo el mundo. Mi mamá trabajaba en una de

esas plazas y llegó a ser administradora. Trabajaba para una mujer lesbiana, gorda, mal encarada, que era la dura y vivía en Bello.

Prematuramente, como a los doce años, Jhon aprendió una regla fundamental con la que tendría que vivir en adelante y que luego contribuiría a que fuera víctima del conflicto armado: no se escondería, sin importar las amenazas que le hicieran. Se convirtió en un niño sin miedo, en un niño grande a destiempo.

—Una vez la policía cogió a mi mamá y me llevaron para el solar.

—Díganos dónde está la caleta —me dijo uno de ellos—. Si no, lo llevamos para la cárcel, allá hay mucho cacorro y le dan por ese culo.

—Ay, tan bellos —les dijo Jhon.

A finales de 1999 ascendió a lo más alto de esa contra-escalera social que funciona en Medellín y que significa que entre más arriba estés en las montañas que sostienen a los barrios populares, más abajo clasificas en la escala social oficial (técnicamente llamada estrato). Ni siquiera importa que la oficialidad instale en esos barrios escaleras eléctricas para subir o bajar más rápido y más cómodo, el estrato aquí es una condición natural, un carné de identidad. Para quienes pertenecen a los estratos bajos, ascender en la escala social puede tomar generaciones o, más probablemente, significar una imposibilidad.

Cuenta Jhon que a los trece años llegó a la Comuna 8 por “pobreza histórica”. Un par de padrinos, como se conoce a esos personajes capaces de cambiarle la vida a una persona —de romper el curso trágico de este experimento social y de suplantarlo a la familia, al Estado, a la comunidad—, le echaron una mano para sacarlo de ese remolino de exclusión que lo lanzó a lo alto de la montaña.

—Yo tenía un padrino con varias casas en Niquitao y me adoraba. Tenía

solo hijas, entonces yo era como el hijo “hombre”, ja ja ja, pero me quería mucho. Me daba ligas de cien pesos, que eran una millonada y con eso mecatiba divino. Me decía “el hijo de la india”, porque mi mamá es embera del Chocó. A mí todavía me gozan mucho porque en mi casa está el mejor ejemplo de vulnerabilidad: indígena, afro y LGBT, ja ja ja. Mi madrina, la mujer de él, nos dijo que nos fuéramos para una casa que él tenía en Caicedo, en toda La Cañada, que también era un inquilinato y que lo administráramos y no nos cobraba el arriendo.

Entonces aparece el segundo padrino, que también era un patrón.

—La casa de Caicedo era de tres pisos, pero el tercer piso no era de mi madrina, sino de la mamá de Alberto. A finales de los noventa, Alberto era el duro de Caicedo, un Pablo Escobar chiquito, una cosa miedosa. Pero su mamá le cogió cariño a mi mamá. Cuando mi madrina nos dice que nos tenemos que ir de la casa, la mamá de Alberto habla con su hijo y él nos da un terreno arriba en la montaña.

Alberto, más conocido en Las Estancias (Caicedo) como Alberto Cañada, se llamaba Jairo Alberto Ospina Olaya, líder de la banda La Cañada, que se desmovilizó con el bloque Cacique Nutibara de las AUC en diciembre de 2002. El 18 de octubre de 2005 fue asesinado con disparos de ametralladora en la cerrajería que tenía en el mismo barrio, asesinato ligado al también desmovilizado Severo Antonio López Jiménez, alias Job, conocido nacionalmente por entrar por un sótano a la Casa de Nariño durante el gobierno de Álvaro Uribe Vélez, y posteriormente asesinado en un restaurante de la vía Las Palmas, el 27 de julio de 2008. Padrinos y patronos capaces de cambiar vidas, aunque la propia la lleven perdida.



Jhon Édison Restrepo.



Un esfuerzo de paz bajo control

Alberto le regaló a Jhon la madera para que hiciera su rancho.

—Pero no teníamos con qué pagar carro para subirla. A hombro subimos la madera con la que está hecha mi casa, que queda al lado de la caseta que hoy es Casa Diversa —cuenta Jhon.

Esfuerzos de Paz es uno de los asentamientos de población desplazada que se han ido formando en la Comuna 8 en los últimos veinte años, así como Altos de La Torre, El Pacífico, Unión de Cristo, La Esperanza, Las Torres y Pinare de Oriente. En total, son 36 asentamientos, sectores y barrios a los que la comunidad y el Plan de Desarrollo Local les

otorgan autonomía barrial, aunque solamente hay dieciocho reconocidos oficialmente por la Alcaldía de Medellín.

La Comuna 8 saltó al estrellato mediático a partir del documental *La Sierra*, realizado por los periodistas Scott Dalton y Margarita Martínez y presentado por la televisión nacional en octubre de 2005, y por varios escándalos políticos relacionados con el control de las Juntas de Acción Comunal por parte de desmovilizados del bloque Cacique Nutibara, como el mencionado Job o John William Gómez, alias Memín, quien se hizo elegir por voto popular a la Junta Administradora Local (JAL) para el período 2008-2011, al tiempo que ejercía un control territorial armado sobre Esfuerzos de Paz y otros barrios de la comuna. Fue capturado el 13

de mayo de 2008 y luego condenado por concierto para delinquir, desplazamiento forzado y constreñimiento ilegal.

La casa de Jhon y Casa Diversa quedan a pocos metros de un lugar conocido como El Vendeadero, una especie de risco prominente de la ladera del cerro Pan de Azúcar, lugar de paso obligado que conecta a La Sierra con las centralidades de la comuna; por lo tanto, sitio estratégico de control de los grupos armados.

—Cuando llegué a Esfuerzos me tocó lo más crudo, el toque de queda, las balaceras, yo vivía en El Vendeadero, entonces te imaginás lo que me tocaba escuchar: la última cortada de una garganta, cómo remataban a alguien, tas, tas, o los golpes mientras alguien suplicaba por su vida, un montón de cosas a diario. Eran ellos

[milicianos y paramilitares] camuflados, con esos AK-47, era una cosa tan violenta, tan hijueputa.

En un intento por contener el desangre que se vivía en los barrios, a finales de 2003, la ciudad se embarcó en la desmovilización del bloque Cacique Nutibara, al mando de Diego Fernando Murillo Bejarano, alias Don Berna o Adolfo Paz, la cabeza de la Oficina de Envigado, el principal cartel del narcotráfico de la región. Más tarde se demostraría que la desmovilización de cerca de 900 combatientes fue una farsa en la que se colaron delincuentes comunes y narcotraficantes que siguieron delinquiendo.

Alonso Salazar Jaramillo, el conocido autor de *No nacimos pa semilla* y *La parábola de Pablo*, quien fuera secretario de gobierno (2004-2007) y luego alcalde de Medellín (2008-2011), sentado en una mesa del tradicional restaurante Versalles, en el Centro de la ciudad, me cuenta particularidades de esa Comuna 8, a la que llegó a vivir a mediados de los años ochenta del siglo pasado, en el barrio Santa Lucía. En esos años conoció a Antonio López, quien se enlistaría en las filas del ELN.

—Job regresó a la zona a finales de los ochenta, cuando empezaron las milicias en Medellín. Algunos, que habían estado en la izquierda, formaron milicias, como Pablo García en el barrio Popular. Un tiempo después, el ELN decidió montar unas milicias en Villa del Socorro. Luego crearon otras

que nunca fueron muy fuertes, las montaron Job y otros, en La Sierra, que se llamaban Milicias 6 y 7 de noviembre —dice Salazar.

Estas milicias se enfrentaron a hombres del bloque Metro, al mando de Carlos Mauricio García, conocido como Dobletero, para terminar haciendo parte del bloque Cacique Nutibara, cuando Don Berna logró la hegemonía del poder ilegal en la ciudad.

—El documental *La Sierra* cuenta parte de esa historia, en un momento en que el bloque Metro ha sacado a las milicias y el ELN se ha replegado en un barrio del frente que se llama 8 de Marzo, al otro lado de la quebrada San Elena, entonces se disparaban de un lado a otro.

Entre las personas claves de ese proceso de desmovilización en la Comuna 8 están John William López (Memín), que crea la corporación La Fortaleza, con influencia en Villatina y Las Estancias (Caicedo) y un proyecto productivo en el cerro Pan de Azúcar llamado La Granja, cerca del barrio Esfuerzos de Paz; Julio Perdomo (considerado por la policía como el cabecilla de la Odín Caicedo y capturado el 14 de marzo de este año), quien funda la Cooperativa de Trabajo Asociado Omega, con influencia en Sol de Oriente y un proyecto productivo llamado El Vivero, también en el Pan de Azúcar; y Edwin Tapias, quien crea la corporación La Sierra con Futuro, en el sector de La Sierra y entra a



dirigir la Junta de Acción Comunal de ese barrio.

—Ellos se tomaron las acciones comunales —dice Salazar—. A veces directamente y otras por interpuesta persona. Memín era el encargado del trabajo sucio. Entonces tenía un famoso proyecto que se llamaba La Granja, que en realidad era un sitio donde probablemente asesinó a varias personas, y maltrató a muchas. Pero eso se fraccionó muy rápido, una fracción era liderada por Perdomo y Tapias y la otra por Memín y Job. Empezaron a darse sopa y seco. Y después vino la caída en desgracia de Job.

Jairo Maya, líder social de la comuna, fallecido de un infarto en 2016, me contó que para el momento de las elecciones locales de 2007, los desmovilizados tenían influencia en la Asociación

de Juntas de Acción Comunal (Asocomunal) y en las juntas de La Sierra (donde vivía Edwin Tapias), Villa Turbay, Las Miras, Villa Liliam parte alta y parte baja, Santa Lucía, Unión de Cristo, Esfuerzos de Paz I, Villatina San Antonio (donde vivía Memín), Quintas de la Playa (donde vivía Job), El Pinal, 13 de Noviembre, Golondrinas, Enciso, Sucre, El Pacífico, Sol de Oriente (donde vivía Julio Perdomo), Pinar del Cerro, Libertad I y Colinas de Enciso parte alta.

En la Comuna 8, espacios que fueron símbolos de la “resocialización” de las autodefensas, como El Vivero y La Granja, se convertirían en “lugares de la memoria del horror”, como han sido identificados por las víctimas del conflicto en sus procesos de reconstrucción de su memoria histórica.

Jhon Restrepo y las damas y caballeros de la mesa diversa

Antes de las elecciones de ese 2007, hace casi diez años, se hizo el lanzamiento oficial de la Mesa LGBT de la Comuna 8, a instancias de un líder social del barrio Llanaditas, venido de Argelia, en el Oriente antioqueño, de piel blanca, cabeza rapada y cara redonda, llamado Antonio Marulanda, particularmente sensible a los ataques a la población LGBT.

—Hubo un caso que marcó mucho a la comunidad, y fue la violación de una muchacha LGBT por parte de ellos [desmovilizados]. Se estaban presentando situaciones en las que algunos chicos



Reinado Trans-Formando la 8. Archivo Casa Diversa.



gays de la Institución Educativa cercana, la Joaquín Vallejo Arbeláez, estaban siendo maltratados por el solo hecho de tener una condición sexual diferente.

A raíz de estas agresiones y de la gestión de Antonio, uno de los proyectos priorizados por la JAL de la Comuna 8 fueron los “pactos por la convivencia”, que por primera vez incluyeron un “pacto por la diversidad sexual”.

Desde su llegada a la Comuna, Jhon había hecho parte de grupos juveniles promovidos por la Pastoral Social de la Iglesia católica y había terminado creando un grupo independiente al que llamaron Movimiento Cultural Juvenil (MCJ), que se caracterizaba por la presencia de jovencitos homosexuales.

Antonio conocía el trabajo de Jhon e invitó al MCJ a participar de dicho pacto. —Ese inicio fue muy particular — cuenta Jhon—, porque eran muy chicos todos, de catorce a diecisiete años, todavía en proceso de construcción de su identidad y orientación sexual.

Se sumaron 33 participantes de Villatina, San Antonio, Esfuerzos de Paz, 13 de Noviembre, La Esperanza, Enciso parte alta, Los Mangos y Llanaditas.

—Empezamos con una formación humana en proyecto de vida. Saber qué era ser LGBT implicaba que cada uno supiera en qué estaba, cuándo se dio cuenta, cómo había sido su proceso en la familia, cuándo fue su primera experiencia sexual, qué tipo de prácticas le gustaban.

En su proceso de reconocimiento, la población LGBT necesita de sus pares.

—Es un ejercicio que no pasa por la familia ni la escuela. Salir del clóset es fundamental —dice Jhon.

Y no regresar nunca más a él, pese a los obstáculos y las amenazas. Esta idea tan simple atraviesa las posibilidades futuras de romper con las violencias contra la población LGBT. El derecho fundamental a la libre asociación, para la población LGBT, va mucho más allá del simple

reconocimiento entre pares; para muchos de ellos es la única posibilidad que tienen de existir como son y de encontrar apoyo y resistir a la estigmatización de la que son víctimas en sus comunidades.

Antonio coordinó el lanzamiento de la Mesa en el auditorio de la IE Joaquín Vallejo Arbeláez, con la presencia del inspector, el comisario, el comandante de la policía, los miembros de la JAL, líderes comunitarios y de las JAC, un representante de la Secretaría de Gobierno y otro de la Iglesia.

—Sentí miedo, precisamente porque la instalación se hizo en el barrio Llanaditas. No faltaba el que lo tratara a uno mal, el que se burlara de uno. Recuerdo las palabras de John en ese entonces, decía que si las maricas y los maricas se iban a visibilizar y a hacer que se les respetaran sus derechos, tenían que empezar a empoderarnos de verdaderos procesos de liderazgo y transformación en la comuna.

En los años siguientes, mientras los líderes desmovilizados consolidaban su presencia en los órganos de representación legales de la comuna, apalancados por sus estructuras ilegales, esos jovencitos “amanerados”, integrantes de la Mesa, como si fueran las damas y caballeros de una Mesa Redonda de un noble reino antiguo, se dedicaron a ondear la bandera arcoíris, a dar charlas, demandar recursos y levantar denuncias en cuanta cancha, colegio, parque o esquina los invitaran. Llevaban consigo el mensaje de un nuevo orden social, aunque ya estuviera consagrado en la Constitución Nacional: la libertad de cada quien de ser como quiere.

En 2010 los invitaron a hacer parte de un pacto de convivencia en Sol de Oriente, que incluía la repintada de un muro en el que se leía “Gracias, Adolfo Paz”. Entonces, recibieron las primeras amenazas de un grupo controlado por Julio Perdomo. La Secretaría de Gobierno intervino

y pudieron pintar en su parte del muro, la letra C de la palabra CONVIVENCIA, adornada con los colores de la bandera gay. Al otro día la letra fue repintada con mensajes homofóbicos.

A finales de ese mismo año hicieron parte de la “Marcha por la vida y la diversidad sexual de la Comuna 8”, la primera marcha de orgullo gay de carácter territorial de la ciudad. Fue días antes cuando recibieron el primer ataque directo. Varios hombres irrumpieron en la sede social Picolino, en Enciso parte alta, donde se reunía la Mesa para planear sus actividades, y patearon a varios integrantes.

—Nos dijeron que iba a correr sangre y plumas si realizábamos la marcha —cuenta Jhon.

La visibilidad alcanzada por la Mesa en espacios de participación y en informes de Derechos Humanos les trajo apoyo. Se hicieron denuncias públicas que fueron replicadas por los medios de comunicación y la Policía les ofreció acompañamiento.

—A la marcha fuimos como veinte, había más policías que manifestantes —recuerda Jhon.

Pero estos nuevos cruzados querían clavar su bandera mucho más profundo en el corazóncito machista y homofóbico de la comuna y de las familias que los habían criado. Al año siguiente, para el mes del orgullo gay, planearon una segunda marcha que incluía un desfile y un reinado de travestis y transexuales, con salida desde Los Mangos y llegada a la plazuela del 13 de Noviembre, una de las centralidades de la comuna.

Esos barrios acostumbrados a ver hombres encapuchados y armados, al alarde de guapos en las esquinas y a las bravuconadas de los borrachos en las cantinas, vieron desfilar por sus calles hombres maquillados, con vestidos y en tacones, exhibiendo sus pechos y sus culos, con las piernas gruesas y contorneadas al aire, orgullosos de sus plumas.

El sábado 30 de julio de ese 2011, Jhon recibió la primera amenaza. Le mandaron a decir que no lo querían volver a ver. Pero él conocía las entrañas de sus barrios y se sentía fuerte, así que no hizo caso. Al sábado siguiente lo llamaron a su celular y en la madrugada fueron a la casa de su madre cerca de El Venteadero. Entraron por él, pero no lo encontraron. Se convenció de la que la orden iba en serio y dejó el barrio con lo que tenía puesto.

El jueves 11 de agosto hizo la denuncia por desplazamiento intraurbano y se convirtió en víctima del conflicto armado colombiano. El rompimiento de una mesa había comenzado. Algunos integrantes, como Andrés Gutiérrez Álvarez, abandonando el discurso político y reivindicativo, siguieron promoviendo actividades de carácter artístico con la población LGBT, bajo el nombre de Conexión Diversa, que en 2013 se encargó de realizar un nuevo desfile de transgeneristas. Las represalias llegarían pronto. A principios de 2014, Andrés tuvo que abandonar la comuna que lo vio nacer. La Mesa se acabó de romper.

Más tarde ese año, por cambios en los mandos de los combos ilegales de la zona, Andrés y Jhon pudieron regresar y se reconocieron como víctimas colectivas. Solo tres de las damas y caballeros que iniciaron su cruzada en 2007, Jhon Restrepo y los hermanos Andrés y Yuli Gutiérrez, se atrevieron a hacer la denuncia y a solicitar ante la UARIV su reconocimiento oficial como víctimas.

El sábado 22 de abril de 2017, quince meses después de expedida la resolución, dos funcionarias de la UARIV venidas de Bogotá subieron a Casa Diversa para iniciar con lo que queda de la Mesa LGBT de la Comuna 8 un proceso inédito de reparación colectiva que puede tardar como mínimo unos tres años. ©

*Beca de Creación en Crónica del Museo Casa de la Memoria, 2016.

**“Amor, en bici
hazte visible en la vía.
Usá chaleco
reflectivo”**



**En bici usa luz
delantera blanca,
luz trasera roja
y chaleco**

Fuente: Manual del ciclista urbano / Alcaldía de Medellín

**Salvemos
vidas en la vía
Portate bien**



**Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos**

PERFORMANCE

Papá

Rodrigo ve un conjunto de cuerpos colgados del techo. Cuerpos jóvenes, casi todos, aunque es difícil distinguirlos. Tienen los ojos cerrados. Piensa Rodrigo que los ojos son la característica distintiva de los rostros. Busca los ojos de su hijo, oscuros, inexpresivos. Nunca ha escuchado sus palabras; para él, son ojos silenciados. Veinte años han pasado. Es justo, pues, decir que no ha sabido leerlos, como piensa Daniel. Una gruesa barrera de silencio los separa cuando están cerca. Un silencio agotador, de años, mohoso, similar a la pausa que precede a las peores noticias. No se preocupó, Rodrigo, por formar una amistad. Se enfocó en las órdenes, las imposiciones a ultranza, sin derecho a réplica. Evitó el diálogo, la relación horizontal. Estaba convencido de que ser padre era trazarle un rumbo, en lugar de acompañarlo en su recorrido. Ahora lo tiene ahí, en ese espacio siniestro, con sus compañeros de estudio y aventuras bohemias. Se encuentra en la antigua estación del ferrocarril, postergada por el progreso a ser el simple taller del metro, orgullo de la ciudad. Es de noche. Una noche oscura, fría, estática. Un ambiente litúrgico se apodera del sitio. Es, como pretendían los artistas, una escena cercana al ritual, distante del vacío entretenimiento. No hay atisbo de morbo, si bien hay cuerpos hermosos, desnudos. Quién sabe cuántos hacen la reflexión principal que propone el acto. Quién sabe cuántos se cuestionan el valor de la carne, cuántos asocian el panorama lúgubre con sus muertos, cuántos se preguntan hasta qué punto hemos banalizado la crueldad. Tranquilamente, alguien podría asociarlo con el consumo de carne. Alguien podría estar evocando a Yourcenar; yo tampoco como angustias, pensaría esta persona, ahora con más decisión. Otro podría evocar las casas del horror donde a diario algún vecino, un desconocido que lo será para siempre, es torturado y desmembrado en plena ciudad, en el pleno núcleo del desarrollo, de la innovación. Algún intelectual estará hilvanando conjeturas en la historia del arte. Estará poniendo a dialogar la obra con sus referentes. Se irá feliz a casa, con su sonrisa maliciosa, a escribir una ácida crítica. También habrá espacio para los aduladores, los defensores ciegos, quienes acomodarán la ambigüedad planteada con interpretaciones convenientes para sus amigos. Pero ninguno de esos, seguro, es Rodrigo. Para él es un momento incómodo. Ha aceptado la invitación de su hijo por una especie de compromiso biológico. No es —lo que sería plausible— un torpe intento por remediar años de ausencia. Una ausencia que no ha sido física, pues ha estado en cuerpo para desearte un feliz cumpleaños, cada año, para pagarle la matrícula semestralmente, para financiar alguno de sus viajes, sus juergas, los materiales de clase que exceden el valor según la necesidad de Daniel. Es la ausencia, para no darle más vueltas, de un padre.

Evidencia sólida es la ignorancia de lo que está haciendo su hijo. Porque no se trata, como podría pensarse, del desconocimiento lógico de un lenguaje que excede su cotidianidad. Es desconocer lo que su hijo le ha intentado explicar. Es consecuencia del sesgo, del muro de prejuicios que ha levantado contra el proyecto de vida alternativo que su hijo ha emprendido. Para él, Daniel desentona en la tradición familiar, de alguna forma siempre será un paria. Se negó a ser contador público. De haber aceptado, ya estaría disfrutando de las arcas familiares, sería pieza importante en la empresa de asesoría tributaria. Pero ha preferido estar ahí, colgado, desnudo, ocupando el lugar que otrora, en el arte, ocupaba el objeto, ejerciendo un esfuerzo físico que espera, convencido de la idea de su profesora, que provoque un sacudón en los espectadores. Lleva una hora colgando, suspendido de los pies —es de los que más ha aguantado. Para su padre ha sido más

fácil encontrarlo. Ahora el esfuerzo de Daniel, que no siente los brazos ni los pies, es totalmente mental. No sabe si su padre ha asistido. Mientras estuvo pendiente, no lo vio. Reiteradamente abrió los ojos, buscándolo, como símbolo de lo que ha sido su relación con él: lo que para su padre es el techo, para él es el piso. A Rodrigo, sin embargo, se le debe reconocer que su hijo le importa; siempre le ha preocupado su salud, su estabilidad económica. A Daniel nunca le ha faltado nada material. Ni una sola vez, a pesar de los encontrones, lo ha dejado a la deriva. Le preocupa ahora que a su alrededor los que se empiezan a descolgar se desploman extenuados, al borde del desmayo. Se pregunta si su hijo, estatua de soledad y silencio, está bien. Los demás acompañantes arropan a sus seres queridos, los reciben con ternura, se sientan en el piso, sobre una sábana, con ellos, los miran a los ojos buscando la persona que vive del lado de acá del arte, y le acarician los pies

con una solidaridad que raya en la sumisión. Rodrigo se pregunta qué hará, se pregunta si está preparado para un encuentro tan cercano. Un sentimiento que se reprocha, lo insta a huir. Pero no hay mucho tiempo para pensar, Daniel ha abierto los ojos, se ha encorvado un poco, es evidente que ha llegado al límite. Rodrigo, imitando las escenas que recientemente vio, le desata los pies con parsimonia, asegurándose de tenerlo sujetado de la espalda. Desde que era un bebé no lo tenía en esta posición. Durante su vida se impuso con el carácter, la fuerza, pero nunca lo tuvo tan dominado. Daniel depende enteramente de él. Un descuido y caería sobre el asfalto. Sin embargo, no pesa demasiado. El alcohol y la alimentación desordenada han marcado su desarrollo físico. La paradoja no deja de ser, de cualquier forma, incómoda: está tocando el único cuerpo al que le ha dado vida, un cuerpo que siente más extraño que el de cualquier desconocido.

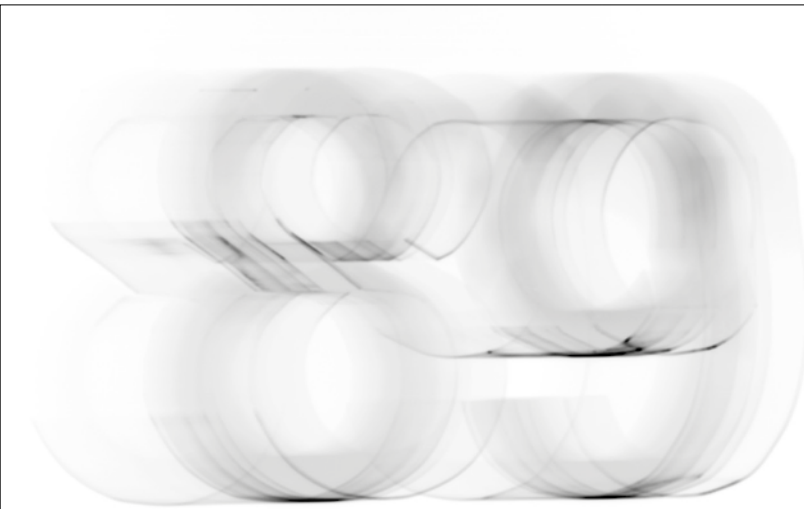
Hijo

Seguramente no ha leído el libro de Danto que le presté, piensa Daniel mientras pedalea camino a la presentación. El día anterior estuvo reunido con uno de esos brujos que se anuncian en el centro de Medellín. Fue arrastrado por la curiosidad. Y también, en mayor medida, por el miedo a volar. Dos meses atrás le anunciaron que obtuvo la beca para estudiar en Alemania. Por fin le será útil esa pronunciación agresiva, esas extensas palabras que ha memorizado día tras día. El logro se lo debe, en gran parte, al colectivo de *performance*, pues con su mediocre promedio no hubiera tenido con qué competir contra los más disciplinados estudiantes. Siente un agradecimiento que lo impulsa a suspenderse, prolongando la resistencia de su cuerpo, en lo que será su último acto con ellos. El brujo le leyó el tarot. Le dijo que si tenía un viaje en mente, lo hiciera, que todo saldría bien. Le dijo también que busque la armonía con sus seres queridos. Un par de generalidades que Daniel acopló fácilmente a su realidad más inmediata. Invitó, en consecuencia, a papá, a quien no se puede decir que le ha ocultado lo del viaje, que hará en tres días. Simplemente no se ha dado la ocasión para hablar. Lo intentó, no obstante. Varias veces puso un tema de conversación que papá aniquiló con frases cortantes, monosílabos, posturas radicales. Se lo tragó, entonces. Había decidido partir sin que él supiera. Mamá seguramente no le contaría. Ella, a diferencia de él, eligió desde que se liberó del yugo romper cualquier tipo de vínculo. Rodrigo suele llamar a su antigua familia y, apenas ella reconoce su voz, le pasa el teléfono a su hijo. La última opción para Daniel es que papá entienda de qué se trata. Espera que al menos haya visto los videos que le envió sobre la obra de Sophie Calle. Estos pensamientos aparecen mientras rueda. Algo raro, pues la bicicleta se ha convertido en un escape. Pedalear es la alternativa a pensar demasiado. Mientras lo hace, entiende cuan solo está. Soledad que toma como algo positivo. Entiende, a fuerza del dolor en las rodillas, que nada más de él depende escalar las cimas más empinadas. Que en él recae el esfuerzo de los objetivos y, en consecuencia, los frutos, los descensos refrescantes, las cumbres coronadas. Ha llegado muy transpirado, pero no importa. En pocos minutos está desnudo. Conversan un rato sobre lo que harán. Nadie habla de significados. Para el momento, cada uno debe haberlo interiorizado. Fueron meses de charlas, de estudio, de conexión espiritual. Quizá solo a Daniel, esta noche, le importa que haya un nuevo significado. Quiere que papá entienda que hay valor más allá del dinero. Odia cuando lo escucha decir, entre risas, que no todo en la vida es plata, que para eso existe el crédito. Espera construir un puente entre ellos que les permita alternar su panorama de la vida. Mientras se cuelga, sin embargo, se debate entre el creer y el descreer. Lo del brujo fue un síntoma de que en los últimos días, en parte provocado por el miedo al cambio, se está convirtiendo en un tibio creyente. Ha pasado del total escepticismo a creer en el poder revolucionario del arte, creer en su futuro, en que su padre tiene un lado sensible que va a exteriorizar con él. Daniel está convencido de que es tan difícil demostrar algo como negarlo. Quiere creer en el brujo, por ende, para montarse tranquilo en ese avión, pero es consciente de que esas palabras pretendían contagiarlo de un optimismo que lo estimularía a pagar una y otra sesión; a comprar un cuarzo, como el que compró, para que las energías fluyan a su favor. Constantemente Daniel abre los ojos, buscando al padre que no llega. Recuerda entonces la primera frase de un libro que lo marcó: “El mismo año en que mi padre enfermó publiqué una novela en la que lo mataba”. Piensa en las múltiples formas de matar a alguien en el arte. Pensó en esto hasta que el agotamiento lo venció. La sangre no fluye por sus brazos, siente un leve dolor de cabeza, pero también la convicción de que no se bajará hasta entregarlo todo. Cierra los ojos. Se ofrece al dolor sedante. Pierde la noción del tiempo, del espacio. Casi todos sus compañeros, excepto un par, se han descolgado. Todo ocurre en silencio. Hay un convencimiento general de que las palabras son oprobios. Solo un hombre rompe con la solemnidad, caminando entre los cuerpos, alargando los pasos para evitar pisarlos. Nada alevoso, no obstante. No ha estropeado la calma, nadie se ha enfocado en él, ni su hijo sabe que ahora lo tiene enfrente, mirándolo, de forma absurda con algo de pudor. Su postura no es natural. Parece que se forzara a imitar a los demás acompañantes. Daniel abre los ojos, se encorva, y solo ve una silueta borrosa. Es su padre, sin dudas: una silueta borrosa, algo que parece un padre, la forma del vacío. Después siente su mano contra la espalda, sosteniéndolo. Daniel se siente frágil, dependiente, aunque le daría igual si lo deja caer. No reconoce en esas manos las de un ser que dialoga con su cuerpo. Siente de hecho que está cayendo. Caer a un pozo en el que solo hay insectos y huesos húmedos de los que antes han caído. Lejos de su padre, de esas manos que por más que se alarguen jamás podrán tocarlo. ☹

*Este cuento hace parte del libro *Animales urbanos*, Sílabas Editores, 2016.

por JHON AGUDELO GARCÍA

Ilustración: Verónica Velásquez



NOCHES

Descolonizando la sexualidad y la oscuridad
Curaduría: **Carolina Chacón, Stephanie Noach.**

Exposición que analiza las múltiples relaciones entre la sexualidad y la oscuridad dentro del sobre-iluminado mundo neoliberal.

Inauguración
17-05-17

6:00 p.m
Sala de concejo.
Museo de Antioquia

Un proyecto:
MUSEO DE ANTIOQUIA

Patrocina:



GOBIERNO DE ANTIOQUIA

Evento apoyado por el Ministerio de Cultura Programa Nacional de Contemporánea Cultural

Apoya:



prchelveticia

Convenio de apoyo:





EMBUTIDO ARTESANAL

itaca

GASTRONOMIA PERSONALIZADA

Carrera 42 # 54-60

Patricia Fuenmayor

Asesora en seguros

Tel. 3216402928 - 375 7300

patfuenmayor@hotmail.com

¿Quiere contactarnos para un proyecto web?

Diseñamos, desarrollamos, asesoramos, aconsejamos, participamos en conferencias o hacemos proyectos conjuntos.

...Y no descartamos un saludo, un café, un vino o unas cervezas!



contacto@cohele.net

Cohele.net



cinéfagos.net | 10 años

cine colombiano, crítica de cine, comics, artes electrónicas,
artículos y ensayos, cuentos de cine, documentos

f /cinefagos.net @cinefagosnet

Nueva exposición
en Planetario

EL NIÑO Y LA NIÑA

HISTORIAS SUPERPUESTAS
Porque el clima también está en el ojo

www.planetariomedellin.org
EVENTO ORGANIZADO EN EL MARCO DEL AÑO COLOMBIA-FRANCIA 2017

11^a FERIA POPULAR DÍAS DEL LIBRO

IDENTIDADES *a la vuelta de la esquina*

Mayo 19 y 20

Carlos E. Restrepo
12:00 m. - 10:00 p.m.

Entrada libre



#DíasLibro



www.fiestadellibroylacultura.com

EN ASOCIO CON

bpp

Biblioteca Pública Piloto
de Medellín para América Latina



Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos